

MIREIA HERNÁNDEZ BELLAVISTA

# Mi mejor casualidad

RUBRIC



*Mi mejor casualidad*

*Primera edición, año 2019*

*© de la obra: Mireia Hernández Bellavista*

*mireiahdbellavista@gmail.com*

*Facebook: Mireia Hernández Bellavista*

*Instagram: mireiahdz*

*Edita: Rubric*

*www.rubric.es*

*C/ María Díaz de Haro, 13 1ª*

*48920 Portugalete*

*944 06 37 46*

*ISBN: 978-84-120924-4-8*

*Diseño de cubierta: Rubric*

*No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).*

# **MI MEJOR CASUALIDAD**

Mireia Hernández Bellavista

## ÍNDICE

Dando el paso  
En búsqueda de mí misma  
Chicago y yo  
Matt, el chico desconocido  
Todo por la felicidad de Charlotte  
Acabando lo que hemos empezado  
Señor Hunter  
La verdad por delante  
Cerrando la puerta de Marc  
La cena a cuatro  
Canadá  
Campos  
El gran día  
Epílogo  
Agradecimientos

## Dando el paso

—¿Charlotte? ¿Charlotte?, ¿puedes hablar o no? —Ya estaba haciendo de las tuyas, no entendía por qué me proponía hacer una videollamada si no tenía cobertura, era una de las cosas que odiaba de mi prima.

—¡Laiaaaa!, ¡sí, sí, ya está! Que el buenorro de mi jefe me ha cogido por banda para que mañana tenga los cafés preparados, porque hay reunión con los accionistas y quiere que esté todo listo. Ya sabes..., cosas que hacemos las personas importantes. —Puso una de sus caras de interesante.

—Venga, Charlotte, déjate de tonterías. Bueno, vamos al lío. Ayúdame y dame ideas para poder decir a Marc que quiero dar el paso e irme a vivir con él, después de insistirme durante un año. ¿Le dejo mi cepillo de dientes en el baño?

—¿Para qué? Plántate ahí con las maletas y lo entenderá todo...

—Ay... No sé, lo quiero hacer de forma especial. Es mi primero en todo y sé que va a ser el hombre de mi vida, aunque últimamente con su proyecto de la nueva empresa y la separación de sus padres no esté muy fino. Por eso me he animado a dar el paso para poder estar en esos momentos con él.

De repente oí un soplido de aburrimiento; era ella, mi prima, desde el otro lado de la pantalla poniendo cara de vómito...

Para Charlotte no había chico para mí, decía que yo era una persona que se conformaba con cualquier cosa, que siempre me parecía bien todo, pero no era así. Marc y yo llevábamos cinco años juntos, él pasó por uno de mis peores momentos a mi lado, cuando a mi padre le diagnosticaron cáncer y mi madre perdió a su madre. En mi casa se respiraba tristeza, pero con dieciocho años tuve que coger las riendas y hacer como que no pasaba nada. Sonriendo cada vez que se giraban para mirarme e intentando ayudar en todo lo que podía sin que ellos se sintieran mal.

Charlotte también me ayudaba, pero a través de la pantalla. Ella estudió Programación Científica; desde la universidad le brindaron la oportunidad de crecer y no lo dejó escapar, enfocó su objetivo y voló, cada vez brillaba más. Aunque estuviera a siete mil seiscientos kilómetros de mí, la notaba muy cerca. Era mi protectora, mi aire de sinceridad.

—¿Qué te pasa, Charlotte? Sé que Marc no es santo de tu devoción, pero

estoy bien a su lado y él me hace feliz.

—Bueno, venga, déjate de tonterías. Ya sabes que ni él ni yo podemos estar en la misma habitación, el amor es mutuo. Si irte a vivir con él es lo que quieres hacer, yo no lo dudaría: me iría a su casa con las maletas y le daría la sorpresa. ¿Tú sabes dónde está él ahora?

¡Cling!, (se me iluminó el móvil); parecía que supiera que estábamos hablando de él, era un mensaje de Marc.

—¿Qué dice tu príncipe azul? —Me giré, cogí el móvil y se me dibujó una sonrisa, pero empecé a leer el mensaje y se me borró de repente.

—Que se tiene que quedar un poco más en la empresa, porque ha llegado tarde el chico de la financiera que les daba la subvención y la cosa va para largo. No puede quedar para cenar.

Los mensajes de Marc eran cada vez más directos —sin saludarme, sin despedirse—, pero era comprensible debido a la situación por la que estaba pasando y todos los nervios acumulados. Charlotte dio una palmada y con euforia dijo:

—¡Pues ya está! Aquí tienes la oportunidad, haz viajes llevando tus cosas a su casa. Hazla como tuya, dejando en cada rincón objetos de tu pertenencia, de manera que cuando llegue esta noche se lo encuentre todo por ahí y te encuentre a ti en el dormitorio... Y, ya sabes, si luego encarta...

Se le escapó una sonrisa.

—¡Charlotte! No sé cómo puedes aprovechar cada segundo para hablar del tema. Pero te tengo que confesar que me parece buena idea. Te voy a dejar, voy a hacer la maleta..., ¡que me voy de casa! Por cierto, me dejo puesta la lencería sexi, ¿no? ¡Ja, ja, ja, ja! —Se me escapó una carcajada. Y le di a colgar, porque mi prima iba a soltar alguna de las tuyas, ya que se le quedó una cara de pillina...

¡Cling! Era ella; me decía:

—*Te odio por colgarme, pero quiero que sepas que si tú eres feliz yo tb*  
xxx

Ya era el quinto y último viaje que daba a casa de Marc con todas mis cosas. Pedí *japo* para cenar, para mí sola, claro. Marc no daba señales de vida; podía ser que se le hubieran complicado las cosas y no quería molestarlo. Solo quería que pasaran las horas para que viniera a casa y me encontrara allí.

Dejé mis libros cerca de los suyos, mi portátil en la mesita de al lado del

sofá. Mi manta doblada en una de sus «sillas ropero», como él las llamaba, mi taza donde sus tazas, llené la nevera de mi leche de avena, añadí en su despensa chía, *estevia*, avena y harina de espelta. Mi cepillo con el suyo, aunque el suyo lo cambiaría por uno de madera como el mío, pero eso sería más adelante. No sabía que sentaba tan bien irse a vivir con él, si lo hubiera sabido lo habría hecho antes. Marc llevaba mucho tiempo pidiéndome que me quedaría con él, me decía que quería que yo fuera lo primero que viera cuando abriera los ojos, compartir desayunos, discutir quién cocinaba o quién limpiaba mejor, hacer la compra juntos. Despertar al que se quedara en el sofá dormido para irse a la cama, quitarle el agua caliente a quien se estuviera duchando y muchas cosas más; que quería vivir conmigo. En ese momento ya estaba preparada, me quedé mirándome en el espejo y de repente sonó el timbre.

—Hola, Akihiro. ¿Cómo estás? —Era el chico de la comida japonesa, un joven superamable que siempre nos regalaba algo cuando sabía que iba a casa de Marc (la verdad es que dos veces por semana pedíamos para llevar). Éramos unos adictos...; bueno, Marc fue el que me introdujo en ese mundo.

—Señorita Laia, ¿solo para uno? —Me lo preguntaba mientras se inclinaba hacia delante.

—¡Sí! Hoy Marc está muy liado en la faena y no vendrá a cenar.

—Hay que decirle a Marc que es importante cenar. Si no se cuida uno, no te cuida nadie. —Akihiro siempre con sus dichos y con una sonrisa en la cara.

—Tranquilo, que si no cena aquí pedirá para que se lo lleven allí, él no se queda sin cenar. —Había una cosa que Marc no perdonaba, y era no comer. Es amante de la comida. Es una de las cosas a las que no le puedes decir que no, como se pase de la hora de su comida su humor empieza a torcerse y hay que encontrar plan rápido.

—Muchas gracias, Akihiro, la que se va a cenar soy yo. —Incliné la cabeza hacia delante para despedirme de él.

—Hasta la próxima, señorita Laia.

Lo que me gustaba del *japo* de Akihiro es que pides por una aplicación y lo dejas pagado, así una vez que llaman a la puerta te lo entregan y no hay problemas de si pagas con tarjeta o «no llevo cambio».

Ya lo tenía todo listo y me puse mi superserie para estar bien acompañada. Las horas fueron pasando, pero Marc no venía. Eran más de las once y media de la noche y no sabía qué hacer para entretenerme, así que cogí el móvil y miré por mis redes sociales para ver las novedades de las demás de personas.

Yo no quería publicar ninguna foto de ese momento porque no quería que a Marc le sonara nada de lo que pudiera aparecer en ella, pues de lo contrario mi sorpresa dejaba de serlo. Pero he de confesar que tenía muchísimas ganas de pregonar a los cuatro vientos que me iba a vivir con Marc e íbamos a empezar una etapa nueva juntos.

Después de treinta y cinco minutos mirando las *stories*, decidí escribir a Marc:

—¿Cómo estás?

Vi su doble *check* y tardó unos minutos en contestarme:

—Mejor. Estamos saliendo de cenar y ya me voy para casa, que estoy agotado. Mañana hablamos.

Ay, no podía ser. Mi corazón se puso a cien; venía para casa ya. Empecé a moverme por todo el piso... ¿Dónde lo esperaba?, ¿sentada en el sofá? No, me levanté corriendo. ¿Lo esperaba escondida detrás de la isla? No, pues si tardaba mucho me dolerían las rodillas. No sabía qué hacer, y de repente me acordé de que el pedido del *japo* estaba en la mesa del comedor. Fui disparada a recogerlo, lo tiré todo a la basura y allí oí la voz de Charlotte en mi cabeza: «espéralo en la cama», de manera que me fui con una sonrisa hacia el dormitorio. Cuando capté el sonido de las llaves de Marc al abrir la puerta, mi corazón se fue acelerando cada vez más, pero de repente percibí una risa femenina que me era familiar. Esperé callada en la habitación a oscuras, quería salir para ver qué estaba pasando, si bien algo dentro de mí decía que me esperara. Noté que estaban entrando y Marc fue hacia la cocina para coger una botella de vino y dos copas. No me lo podía creer; todas mis cosas repartidas por su piso y no se había dado cuenta. Mi corazón dejó de acelerarse, pero un calentón empezó a subirme por el cuerpo y sentí mi cabeza como una olla exprés en plena ebullición.

Cogí mi ropa, me cambié, agarré el móvil, lo puse en silencio y esperé a ver qué pasaba. Por una parte quería plantarme allí en medio sin decir nada y que me explicara, pero por otra me quería ir. De repente oí cómo la chica se acercaba a la cocina preguntando si llegaba el vino, me asomé y mi mundo se paró: no me lo podía creer, no lo hubiera dicho nunca, mi mejor amiga y él juntos. Empezaron a salir lágrimas de mis ojos sin poder controlarlas. En el momento en que vi que estaban juntos y besándose como si no hubiera un mañana apreté a correr.

Marc salió detrás de mí por las escaleras, gritando mi nombre y diciendo que había sido un error. Yo, sin poder pronunciar palabra, solo quería irme de



allí. Y me fui.

## En búsqueda de mí misma

Cogí el primer taxi que se detuvo, tenía ganas de salir de allí y parar de llorar. El taxista miraba continuamente por el retrovisor dando suspiros. Lo único que yo era capaz de decir era:

—Lo siento...

Pero ese señor no dejó que acabara, detuvo el taxi en el andén. Se giró y pude ver cómo era su rostro; tenía cara de preocupación, pero a la vez de sabiduría. Me recordaba a mi tía. Ella me acurrucaba en su regazo cuando había algo que me preocupaba. No paraba de acariciarme el pelo y yo no la dejaba de mirar. Ella también me miraba y me sonreía, pero la comisura del labio se le torcía un poco, lo cual indicaba que estaba un poco preocupada o triste por verme así. No obstante, su mirada era intensa y seguidamente venía su gran consejo. Pues bien, en ese momento el señor taxista hizo lo mismo, me sonrió, respiró hondo y me dio su consejo:

—Laia, ¿verdad? —Asentí con la cabeza—. No sé por qué lloras desconsoladamente, pero me puedo hacer una idea al ver a ese chico que corría detrás de ti gritando tu nombre sin parar, sin camiseta y descalzo. No hay nada en el mundo que tenga derecho a hacerte llorar así, y menos una persona. El dolor del corazón duele muchísimo, pero hay que experimentarlo para hacerlo más fuerte. Así las próximas veces sabrás por dónde no vas a querer pasar. Atravesarás la faceta de autoculpa, pero durante ese tiempo te darás cuenta de cosas que no podías ver y las cambiarás. En una relación no hay culpables, ya que son situaciones que se dan y malas comunicaciones. Es muy importante ser sincero y siempre siempre mirar por ser feliz, ya que estamos aquí de paso y ya vivimos cosas malas para tener que...

—Buscarlas. —Le acabé la frase, era como acababa mi tía; se me estremeció todo el cuerpo y empecé a reír. Puso las manos en el volante y volvió a la carretera.

Envié un mensaje a mi madre para decirle que esa noche dormiría en casa de la tía; lo entendería todo, sabía que era mi refugio cuando algo iba mal. Con seguridad al día siguiente me llamaría para saber cómo estaba.

Eran las cinco menos cuarto de la madrugada y no podía dormir. Me hice un

café doble y me quedé sentada en el porche, mirando las estrellas; lo que me gustaba de la casa de mi yaya era que estaba apartada de la urbanización, en medio de la naturaleza, sin estrés, sin ruidos. No dejaba de pensar cómo había ocurrido, cómo llegó a ese momento, cómo no me había podido dar cuenta. Eran dos personas muy cercanas a mí, dos personas muy importantes, no lo podía entender... Paula era mi mejor amiga, una chica guapa, alta, simpática y que siempre estuvo ahí cuando la necesité, pero es verdad que los últimos dos meses la había visto más distante. Pensaba que era porque tenía mucho trabajo, ya que ella era periodista y la enviaban mucho tiempo fuera..., pero en esos momentos ya empecé a dudar, pues daba la casualidad de que cuando ella estaba fuera de viaje cubriendo una noticia, Marc tenía que hacer unos cursos. Ahora entendía por qué ponía el móvil boca abajo cuando estábamos juntos... y Paula tenía el móvil en silencio siempre que quedábamos y apenas lo sacaba del bolso.

Tenía un dolor muy intenso en el pecho, un dolor que no me dejaba respirar, y lo único que podía hacer era llorar.

Corrió una pequeña y ligera brisa que rozó todo mi rostro, fue la causa de que mi cuerpo se estremeciera. Abrí los ojos y miré a mi alrededor, había perdido la noción de dónde estaba ubicada en ese momento. Me había quedado dormida en la mecedora del porche, me dolía el cuello y me notaba los ojos hinchados.

Se oyeron unos pasos y una voz familiar que iba acercándose hacia mí.

—Buenos días, bella durmiente. Te he traído tu capuchino cremoso y *muffins* con virutas de chocolate de esa pastelería que hace cosas tan *bios* y naturales, como a ti te gusta.

—Mamá, ¿qué haces aquí? Bueno, no es necesario que me lo digas, no podía cogerte el teléfono sin dejar de llorar. —Se me escapó una lágrima, no podía creer que aún me quedaran. Mi madre acercó su mano y me la secó.

Ella era una persona que no iba detrás de mí preguntándome lo que me pasaba, dejaba distancias, aunque moría por dentro por saberlo, se le notaba. Permitía que pasara el tiempo y que fuera yo la que le explicase cuando me viera preparada, ella era genial. Sobre todo para dar sorpresas como esas y estar a mi lado sin mediar palabra.

Empezamos a desayunar juntas y me paré a mirar el móvil: vi quince llamadas de Marc, diez mensajes del buzón de voz, treinta y cinco mensajes de Paula y de él. No quería verlos ni oírlos. Di la vuelta al móvil y miré a mi madre, ella con un *muffin* en la mano sonrió y me guiñó un ojo.

En ese momento me sonó el teléfono; pensé que iba a ser Marc y no lo iba a coger, mi madre me sonrió y asintió con la cabeza. Le di la vuelta al móvil. Mi sorpresa fue que era Charlotte. Extrañada, cogí el móvil. Era casualidad o Charlotte sabía algo...

—Hol...

—Laia, mi niña bonita. —Charlotte no me dejó ni contestar, lo sabía—. ¿Sabes?, tengo la solución a tus problemas, y es que tengo a tu padre ahora mismo por la otra vía y te está comprando un billete de avión para que vengas a verme a Chicago. Así te despejarás un poco de todo y de todos, que seguro que ahora querrán pedir perdón por algo que querían hacer... No te quedes mirando así a tu madre, ya lo hemos hablado y está todo decidido.

La verdad es que a mi familia no hacía falta decirle nada, ya que ellos lo daban todo y sin pedir nada a cambio. No sería lo que soy sin ellos.

—Pero toda la ropa la tengo allí, ¿cómo voy a ir a su casa? —Me salían las palabras entrecortadas.

—Bonita, si te preguntas cómo lo sé, fue el IMPRESENTABLE quien me llamó a las seis de la mañana contándome lo sucedido, que aún estoy pensando que no sé cómo se le ocurrió explicármelo, porque tengo unas ganas de... ¡uff! Bueno, al lío: tu padre lo ha solucionado todo, esta semana le envía un camión para que él tenga las cajas listas con todas tus cosas y te las devuelva. Pero te hago saber que no te hace falta ropa, tú vente aquí y ya iremos de compras para hacer un cambio de armario, que lo necesitas, porque últimamente vestías como una *viejoven*. Ven a pasar un mes y luego decides. Ya lo estuvimos hablando hace tiempo, pero te retenía lo que te retenía; ahora que no hay nada, no te cortes las alas por nadie, verás qué chicos más... mmmmm. ¿A que sí, tita? —Charlotte subía el tono para que la pudiera oír mi madre. Levantó el mentón, se le escapó una carcajada.

—¡Sí, Carlota! Tiene que ver nuevos horizontes y empezar a vivir su vida. —Carlota es como se llama mi prima realmente, pero como tenía que rectificar muchas veces allí en Chicago, decidió adaptarse—. Sé que la cuidarás, y aparte a ella le irá bien poder cambiar de aires y no encerrarse en la rutina.

Miré a mi madre y no pude contenerme en tirarme encima de ella y abrazarla, susurrándole:

—¡Os quiero! Dadle las gracias también a papá. —De lejos se oían unos gritos, era Charlotte, que estaba diciendo algo. Me acerqué el teléfono a la oreja.

—Pues no sé a qué esperas... Ve para casa a ver a qué hora tienes que salir, porque tu padre me decía que te iba a comprar el primer vuelo que saliera, y ya sabes que es capaz de coger el de aquí a media hora, con lo que no te daría ni tiempo a llegar al aeropuerto.

Me daba rabia admitirlo, pero mi prima tenía razón... cuando a mi padre se le ponía algo entre ceja y ceja tenía que ser ya. Y sabiendo el motivo del viaje, más aún.

Lo que más pereza me daba del viaje era el interrogatorio de cuarto grado al que me iba a someter mi prima; querría saber pelos y señales de todo lo ocurrido, y yo no sabía si estaba preparada para recordar.

Mi madre y yo nos fuimos a casa, abrimos la puerta y vi que mi padre se dirigía hacia mí dispuesto a achucharme y no parar de besarme. Se separó un poco y me entregó el billete de avión directo a Chicago, salía esa misma tarde. Fuimos a comer los tres juntos a un restaurante italiano al que siempre íbamos desde que tengo uso de razón. Marco, el propietario, tenía siempre reservada la misma mesa para nosotros, la mesa que estaba en una esquina, separada del resto de las demás y al lado de la cristalera con vistas a la calle. Comimos y nada más salir de allí nos dirigimos al aeropuerto. Estaba muy nerviosa, mi madre pasó su brazo hacia atrás para cogerme de la mano. Llegamos al aeropuerto, donde al ser un día entre semana había mucho movimiento de maletines y maletas de mano, seguramente de personas que llegaban para trabajar o para volver a casa. Nosotros fuimos hacer el *check-in* y al llegar a la puerta de control nos abrazamos los tres juntos. Por suerte mi padre viajaba bastante debido a su trabajo y sabía que programaría uno en breve para poder ir a verme.

Tenía un nudo muy grande en el estómago; no era mi primer viaje en avión ni mucho menos sola, pues gracias a la empresa de mi padre había podido ver muchos lugares del mundo, pero aquel viaje era diferente, era especial. Era mi viaje hacia una nueva vida. Como dijo mi madre: «iba rumbo a vivir mi propia vida».

## Chicago y yo

—Perdone, señorita, tenga su toalla. —Me quité el antifaz y vi a una de las azafatas sonriéndome, sosteniendo con unas pinzas una toalla caliente. Eso quería decir que íbamos a aterrizar en breve. Le devolví la sonrisa y cogí la toalla, me puse un caramelo en la boca para que no me estallaran los oídos y me fui dando con la toalla por las manos, olían a limón. Qué amables y simpáticas se mostraban esas chicas; sí, sabía que es su cometido, pero se tiran muchísimas horas fuera de casa viajando. «Es un trabajo poco valorado», pensé. Yo estudié para ello, pero mi padre me encaminó hacia su empresa.

Tengo la carrera de Turismo, con él varios títulos de idiomas y por ello mi padre quiso que llevara el área de exportación, así me tenía cerca. Podía viajar por trabajo, pero no estaría más de un mes fuera sin verme. Hablo sin dificultad varios idiomas además del español, como el francés, el inglés, el italiano y el portugués. No me quejaba, la verdad, gracias a su empresa he visitado muchas partes del mundo, he descubierto ciudades preciosas que quizá no son tan populares como otras pero también son una maravilla, he conocido a personas y culturas diferentes, las cuales me han enseñado y sobre las que he querido saber más, y todo gracias a él, mi padre. Es esa persona que ha estado siempre ahí, sin invadir mi espacio, dejaba que anduviera sola y me tropezara. Tras el desengaño que me llevé con Marc, mi padre fue uno de los que se empeñaron en que empezara a vivir, en que encontrara mi espacio, mi vida, mi yo.

Fui hacia las puertas de salida, donde en teoría me esperaba mi prima, pero recibí un mensaje de que no podía ir. Tenía que coger un taxi y dirigirme hacia su oficina, ya que se le había complicado un poco la mañana. Suerte que ahora las compañías telefónicas se han adaptado a las personas que viajamos, porque antes tenía que esperar a coger wifi del aeropuerto sin moverme de allí para comunicarme con ella, o salir fuera y comprar una tarjeta para no tener luego una gran factura a final de mes. Fui a coger un taxi y de repente me dieron un empujón; me giré y vi que era un chico alto, con el pelo muy corto, de tez morena y robusto. Se giró sorprendido, iba con el móvil en una mano y la maleta en la otra.

—Disculpa, estaba escribiendo y no me he dado cuenta de que este taxi

estaba cogido. —Sacó la cartera de su bolsillo y cogió un fajo de billetes.

—¿Dónde te diriges?, que esta carrera te la pago yo.

Me quedé con la cara desencajada, no entendía nada... ¿Me quería pagar la carrera por darme un empujón?, si con un «lo siento» ya era suficiente. No podía articular palabra, su mirada era penetrante, el color negro de sus ojos hacía que su tez morena se pronunciara más, con unas pestañas bien curvadas. Esa mirada hacía que mis ojos no se movieran, eran mis manos las que gesticulaban diciendo que no.

—Insisto, te la pago. No se puede ir de esa forma, dando empujones... Así tengo una excusa para saber tu nombre y dónde puedo encontrarte. —Sonrió, con esos dientes tan blancos y esa boca tan perfecta, aquello me mató...

—A... a... la empresa... BioFarm —tartamudeé. «¡Dios!, ¿por qué en estas situaciones tengo que hablar así?, ¿qué pensará?», me decía para mis adentros.

—Mmmmm, ¿bióloga? No tienes pinta de ser chica de laboratorio... —Me lo decía mirándome de arriba abajo mientras alargaba el brazo dándole el dinero al taxista—. Quédese con el cambio, caballero.

—¡Ah!, ¿no? ¿De qué tengo pinta, señor? —«No, Laia, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué le has preguntado eso? ¿No podías darle las gracias y después haberte metido en el taxi? ¿Y lo de «señor»? Eso ha quedado de muy mayor...». De esto último tenían la culpa mis padres, que siempre me inculcaron mucha educación.

—¿Señor? ¡Ja, ja, ja, ja!... Eso me ha dolido. —Se puso la mano en el pecho—. Dime tu nombre y hago por ponerme en contacto contigo. Así podemos cenar juntos, donde resolveré todas tus dudas. —Me guiñó el ojo, alzó su cara esperando mi nombre...

—Me llamo Laia; el apellido búscalo tú, a ver si es verdad que te puedes poner en contacto conmigo. Así es como conseguirás que vaya a cenar contigo. —Seguidamente entré en el taxi y cerré la puerta, estaba sorprendida de mí misma. «Cuando se lo explique a Charlotte no se lo va a creer».

Miré por la ventana, vi esos edificios tan grandes, esas calles llenas de personas de un lado para otro, y se me escapó una sonrisa recordando lo sucedido.

Cuando llegué Charlotte estaba esperándome. Salí del taxi y mi prima fue a pagar la carrera, momento en el cual el taxista le dijo que ya estaba pagada.

—¿Por qué la pagas? Ya te he dije que corría de mi cuenta. —Se dirigía hacia mí con su voz chillona y los brazos abiertos, para fundirnos en un abrazo.

—No la he pagado yo. —Se lo dije susurrando al oído, con voz pícara. Se separó de un bote y me preguntó sorprendida:

—¿Cómo que no has sido tú? Entonces...

—Un chico... —Sonreí y me fui con el equipaje hacia dentro del edificio.

—¡Primi, que acabas de llegar y ya la estás liando! —Lo dijo corriendo hacia mí. Entramos en el ascensor y subimos a la planta cuarta, Charlotte tenía que acabar dos cosillas pendientes y nos íbamos a tomar algo con su compi de piso, Kenneth, quien trabajaba allí con ella. Él no era científico, llevaba todo el tema de *marketing* de la empresa.

Se abrió la puerta y vimos a Kenneth con su gran sonrisa y sus brazos bien abiertos.

—¡*Welcome*, primi!

Aquel era el chico que toda madre querría como novio para su hija: guapo, listo, simpático... Un chico que te escuchaba y te trataba como si fueras única en el mundo. Solo tenía un «inconveniente», y era que no sentía nada por las mujeres, sino por los hombres. Era el amigo perfecto, de los que saben por lo que estás pasando y lo que necesitas.

—Mientras Charlotte acaba te voy a llevar a un *afterwork* para que te distraigas y puedas alegrarte la vista —dijo guiñando el ojo con una pícara sonrisa—. Pero antes de llegar haremos una parada por un puesto de helados que te vas a derretir de lo buenos que están.

—Ya verás, tienen varios tipos diferentes a elegir... Las nubes están, ¡mmmm!, y si no las *cookies* —me decía Charlotte alejándose y metiéndose en uno de los despachos. De pronto se asomó.

—¡Por cierto!, a ver si a ti te explica quién le ha pagado la carrera del taxi...

Kenneth, sorprendido, me cogió del brazo y me llevó hacia fuera.

Andando por las calles de Chicago, miraba cuanto me rodeaba como si fuera muy peculiar; me daba la sensación de que ya había estado allí: los parques, los edificios tan grandes..., no sé si sería por las películas o las series, pero todo me parecía familiar.

Al mismo tiempo, Kenneth iba explicándome su nueva aventura con el propietario del *afterwork* al que íbamos.

Llegamos al puesto de helados y pedí, como se merecía, un cucurucho de chocolate con dos sabores diferentes: nube y *cookies*. Tenía que decidirme, pero no sabía por cuál, así que me quedé con los dos. Me aparté un poco mientras Kenneth tonteaba con el chico de los helados, no me podía creer



cómo lo hacía con esa facilidad. Me dirigí hacia la valla del parque donde veía cómo cada persona iba haciendo su vida: una pareja cogida de la mano paseando a su perrito, una persona mayor dando de comer a las palomas, niños corriendo de un lado a otro, gente haciendo *running*..., y de improviso noté que alguien estaba cerca de mí, mirándome. Me giré y vi que se trataba de un chico sudoroso.

—Disculpa, ¿quieres algo? —le pregunté un poco asustada.

—No. Es que estás apoyada sobre mi ropa, la he dejado aquí mientras estiraba. Me sabía mal cogerla con tu mano encima. —No me había dado cuenta, estaba muy concentrada mirando a mi alrededor. Me eché hacia atrás sorprendida, con tan mala pata que apoyé el helado de chocolate encima de mi camiseta—. Ostras, te has manchado.

—Tranquilo, no pasa nada, soy muy oportuna en situaciones así. —Subí la mirada y me lo encontré enfrente de mí.

—Toma, coge la toalla; está mojada, date un poco para que no se vea tanto. —Mientras me acercaba la toalla, lo miré. Tenía el pelo castaño oscuro y lo llevaba con un toque desenfadado, era corpulento y sus ojos, penetrantes, mostraban un color azul verdoso. Nos quedamos mirándonos fijamente, cogí la toalla y mi mano rozó la suya. Qué piel más suave y a la vez más fuerte. Mi corazón empezó a latir rápido, como si fuera el primer chico cuya piel tocaba, comencé a notar el latido por mi muñeca. ¿Qué me estaba pasando...?

—Primi, ¿qué pasa? —Kenneth dejó de coquetear con el joven del helado y vino a fastidiar mi momento romántico, con el chico desconocido... Cogí la toalla rápidamente y me limpié lo que pude.

—Nada, que me he manchado y... —señalé al desconocido— me ha dejado una toalla para limpiarme.

Le devolví la toalla con una sonrisa y el desconocido aprovechó para rozar su dedo con mi mano. Mordí mi labio para poder controlar la respiración.

—Matt, mi nombre es Matt. Encantado.

Kenneth me cogió del brazo, me giró y soltó al aire:

—Si quieres saber más de ella vamos al *afterwork* que hay a dos calles de aquí, ¡no tardes!

Me quedé mirando roja a Kenneth, me quería morir. Me giré hacia Matt y vi que estaba mirándonos, sonriente y diciéndome adiós. Volví la vista a Kenneth, que se reía:

—¿Cómo me haces esto? Y si viene, ¿qué? Kenneth, yo te mato.

Lo miraba sin parar de negar con la cabeza, no me lo podía creer, pero ese

chico me hizo sentir algo que no había sentido nunca. El corazón me iba a cien solo con que me tocara y estuviera tan cerca, no podía ni respirar.

—Hija, a un chico así no hay que dejarlo pasar. Aparte os he visto las miradas, estabais sumergidos uno en el otro, se podía cortar la tensión con un cuchillo. Y si tú no atacas, atacaré yo. —Me guiñó el ojo mientras me abría la puerta del *afterwork*.

Kenneth era capaz de ligar hasta con una hormiga, yo creía que lo hacía porque le gustaba gustar y porque aún no se había enamorado profundamente de nadie.

Pedimos *gin-tonics* de color rosa, con fresas dentro. Me senté en una mesa cerca de la máquina de música, esperando a Kenneth. Llegó con nuestras copas y una caja de bombones de chocolate, lo cual significaba que me iba a interrogar en ese mismo momento:

—Explicame cómo lo haces: pisas dos horas esta ciudad y ligas con dos chicos. Mmmmmm, pues sí que te vas a encontrar a ti misma.

Nos reímos los dos. Kenneth empezó a poner música, según él para bailar, pero eran canciones poco bailables. Estábamos comentándolo cuando se abrió la puerta y, no sé por qué, creí que iba a ser Matt, el chico desconocido, pero no: era mi prima con ganas de fiesta también.

Pasaban las horas y le comenté a Charlotte que estaba cansada y quería volver a casa. Fui al servicio mientras ella bailaba «la última» y al salir me encontré a Kenneth y Charlotte mirando hacia mí, con una sonrisa. No sabía qué pasaba, por qué estaban ellos dos mirándome con cara de tontos. Les gesticulé preguntando qué ocurría, Charlotte con el dedo me indicó que mirara hacia la puerta. Al girarme vi que él estaba allí, se había animado a ir. Tenía un peinado diferente, pero con su rollo desenfadado, llevaba puesta una chaqueta de cuero, unos tejanos y una camiseta negra. Me fui hacia él y aún no sé cómo pude llegar, me temblaba todo.

—¡Hola, Matt! —Me vino una ola de perfume masculino, que hizo que mi cuerpo se revolucionara.

—Hola, chica de la mancha de helado. ¿Quieres dar una vuelta?

Me giré hacia Charlotte (sabía que estaría controlando) y me asintió con la cabeza.

Salimos fuera, refrescaba un poco. Kenneth de pronto salió por la puerta con mi chaqueta vaquera, él siempre rompiendo un momento romántico. Me podía haber dejado Matt su cazadora para poder oler su colonia toda la

noche...

—Laia, mi nombre es Laia. Pensaba que no ibas a venir. —«Dios!, pero ¿qué me pasa? ¿Cómo sueltas esas cosas? Será el aire de aquí, que hace que sea así», me dije para mis adentros.

Se paró, giró la cara hacia mí riéndose, me cogió de la mano.

—Qué directa eres. Yo también pensaba que no iba a venir, pero he ido a casa a ducharme porque había quedado para tomar algo y fue coger las llaves para salir y recordar cómo mirabas a las personas del parque agarrada a mi ropa. Cerré la puerta y recordé el roce de mi dedo por tu mano y la forma en que me mirabas, eso me hizo decidirme. Y aquí estoy. Sé que Laia es tu nombre, por eso también sé que no eres de aquí y estoy intrigado por saber...

Se acercó a mí, observándome. Subí la cabeza para mirarlo, sus manos estaban entrelazadas con las mías, mi corazón empezaba a acelerarse y la respiración con él, me volví a morder el labio.

—No te muerdas el labio, eso me vuelve loco.

Dejé de hacerlo, tragué saliva para poder controlarme. ¿Qué me estaba pasando? Nunca había enloquecido así por nadie, ni por Marc, del que estaba locamente enamorada, o eso creía. Me separé, él se puso serio, me apartó el pelo de la cara.

—No sé qué me pasa contigo, pero quiero saber de ti.

Estábamos tan cerca uno del otro que podía notar su respiración rozando mi piel. Pensaba que me iba a besar, pero cogió mi teléfono (yo lo tenía en el bolsillo de atrás) y se llamó.

—Ya tienes mi teléfono, ahora solo falta que me digas el lugar de la siguiente cita y ahí seguimos.

Agarró mi mano y me la apretó, se acercó suavemente hacia mí. Tomé aire para percibir su aroma, qué bien olía. Me susurró al oído:

—Espero que sea pronto, ya tengo ganas de ti.

Mi piel se erizó al notar su aliento en mi oreja, traté de controlar mi respiración. Acercó su mano a mi cara y con el dedo rozó mi labio, diciéndome que no con la cabeza. Respiré hondo y asentí, me acerqué a él.

—Así será.

Me quedé mirándolo; pensaba que era el momento del beso, pero se separó.

—Creo que te esperan.

Miré hacia atrás y vi a mi prima Charlotte en la puerta haciendo señales con los brazos. Con la mano le dije que esperara y me giré hacia Matt, que se había distanciado un poco.

—Me tengo que ir, pero nos vemos en breve.

Me acerqué a él y noté cómo se ponía rígido, le di un beso en la mejilla.

—¿Le ha dado un beso en la mejilla? ¡Dios, un beso en la mejilla! — exclamó Charlotte.

Me fui corriendo hacia ellos, avergonzada, sin girarme.

—¡Laia! —Me giré—. Espero tu mensaje.

Llegamos al *loft* de mi prima y Kenneth; eran increíbles los pisos de allí, tan diáfanos... Separaban las estancias con puertas correderas, tenían techos altos y presentaban un estilo muy industrial, con ventanales grandiosos por donde entraba la luz de la luna, que iluminaba toda la estancia sin necesidad de luz artificial. La cocina era abierta, con una isla enorme que creaba una separación con el comedor. La pared era de ladrillos y tenían pósteres colgados de sus grupos favoritos. Tenían gustos muy similares, hasta creo recordar que estuvieron saliendo con hermanos gemelos una vez...

Estaba agotada, solo quería coger la cama, pero oí un carraspeo; era mi prima, sentada en el sofá, con una manta y una taza en la mano. Me hizo un gesto para que me sentara a su lado, me fui hacia ella arrastrando los pies y me dejé caer.

—¿Qué? —La miré esperando a que soltara alguna de las suyas.

—¿Sabes qué? Es la primera vez que te veo actuar así con un chico. Me había contado Kenni que se podían oler las feromonas, pero no sabía que podía llegar a oír tu respiración hiperventilando. —Se me escapó una carcajada—. Hay que decir que el chico está de buen ver, pero ¿tú estás segura de lo que haces? Vienes de un desengaño, pero no de uno cualquiera, sino del «hombre de tu VIDA», aquel prototipo con el que soñabas de pequeña, aquel del que decías que te hacía sentir feliz. El responsable de dejarlo todo para ir con él.

Toqué la pierna de mi prima para que parara. Noté una presión en mi pecho muy fuerte, me costaba respirar, mis ojos empezaron a encharcarse.

—Tranquila, mi chica, suéltalo todo. —Me lo decía mientras me cogía de la mano y me la apretaba—. Lo único que quiero es que no te vuelvan a romper el corazón, no quiero que sufras.

Respiré hondo y me sequé las lágrimas retenidas.

—Le he dado vueltas a todo lo sucedido y doy gracias a lo ocurrido, porque he podido quitarme la venda de los ojos. No vivía mi vida, vivía la suya. Y no tiene la culpa. —Frené a mi prima con el dedo porque sabía que iba a rebatir

lo que yo estaba diciendo, pero era lo que pensaba—. Yo dejé que pasara y de eso no me arrepiento, era muy feliz mientras estábamos bien. Es verdad que con el tiempo se fue distanciando y era más arisco, pero no le pregunté qué le pasaba, lo acepté sin más, se cansó y la falta de comunicación hizo el resto. Sí, la forma por la cual me enteré no era la más adecuada, pero...

Charlotte dio un bote y se puso de pie.

—¡Ya está bien! No quiero oír más. Siempre lo vas a proteger, del INNOMBRABLE no vamos a hablar más. Quiero saber qué quieres hacer con Matt el Buenorro, mmmmmm...

—Pues no lo sé, es un chico que ha despertado algo dentro de mí, que me crea intriga. Aunque no te niego que tengo miedo. Pero...

Charlotte empezó hacer corazones con la mano.

—Paraaa. —Le dije mientras le lanzaba un cojín—. Matt me hace sentir diferente, revoluciona algo dentro de mí que no puedo controlar.

—Pues, primi, vive... Pero esta vez a tu manera.

## Matt, el chico desconocido

Abrí los ojos, alguien no paraba de dar golpes y de decir que llegaba tarde. Estaba agotada, sincerarme la noche anterior con mi prima fue lo mejor que podía haber hecho, sentía que lo tenía que decir en voz alta para escucharlo y aceptarlo.

Me levanté y al asomarme por el comedor vi que mi prima estaba saliendo por la puerta a la vez que se ponía los zapatos. Mientras la cerraba se despedía de mí:

—Disfruta del día, princesa. Hablamos a la hora de comer.

Le dije adiós con la mano.

Fisgoneé por los muebles de la cocina tratando de ver qué había para desayunar. Me encontré una nota en la cafetera, era de Kenneth. Ponía:

*Lleva a tu machito a este lugar para desayunar. Es romántico, así puedes acabar lo que ayer empezó.*

Ya no me acordaba de que Matt se llamó desde mi móvil. Cogí el teléfono y empecé a escribir:

—*Hola, soy la chica de la mancha de helado.* —No, lo borré; «¿cómo empiezo?, mmmm—. *¿Quieres desayunar?* —Buf, no, demasiado directa».

Aquello iba a costar... Dejé el móvil y me fui a la ducha, necesitaba meditar.

Qué bien sentaba un buen baño de agua caliente, lo necesitaba después de diez horas de avión y una noche dormida en la mecedora de la yaya. Cogí el teléfono y le escribí:

—*Hola, Matt. Tengo el lugar perfecto.* —Pulsé «Enviar».

Dios, qué nervios, el corazón me iba a cien. Esta escribiendo..., no podía dejar de mirar la pantalla.

—*¡Buenos días! Pensaba que no iba a tener noticias tuyas. Dime, ¿qué me propones?*

Pegué un bote de alegría y empecé a dar vueltas sobre mí misma; bueno, ¿qué le proponía?, ¿donde me había aconsejado Kenneth? Miedo me daba, ponía que era un lugar romántico, pero su última aventura romántica fue una comuna en un barco... ¡Ya estaba!, tenía el lugar perfecto:

—*Quedamos de aquí a media hora donde nos conocimos.*

Dejé el móvil y me fui al armario de Charlotte. Empecé a sacar vestidos;

Dios, a cuál más estrecho. Fui rebuscando y en el fondo, muy al fondo del armario, encontré una camiseta con escote en uve y unos vaqueros desgastados con algún agujero por las rodillas. No era lo que hubiera llevado para mi primera cita, pero sí era lo más sensato del armario de mi prima.

Cogí el bolso y me fui hacia el parque. Hacía un día bastante caluroso, me encantaba aquella ciudad: había personas por todos lados, sentadas en terrazas, paseando al perro, gente trajeada en dirección a su trabajo, en bici, en patines... Era una ciudad viva, donde yo iba a comenzar una nueva vida.

Estaba parada en el semáforo para cruzar cuando un chico con monopatín y auriculares se paró a mi lado, se quitó los auriculares y me dio una nota.

—¿Qué es esto? —El chico cogió el monopatín y se fue.

Cogí la nota y la abrí:

*Tardo cinco minutos, espérate donde nos vimos por primera vez.*

*Matt*

Sonreí y me dirigí hacia allí. Esta vez miré que no hubiera nada apoyado en la valla, observé el parque y cuando giré mi mirada a la derecha lo vi allí. Qué cara más bonita tenía; iba con el mismo tipo de peinado desenfadado que el día anterior, una camiseta un poco más ajustada —se podía ver la musculatura de sus brazos—, los pantalones también eran bastante ajustados, le quedaban de infarto, y coincidimos en algo: íbamos con bambas. Llevaba dos cafés en la mano y una caja.

Me acerqué a él sintiendo cómo mi corazón empezaba otra vez a acelerarse sin poder controlarlo, y con él la respiración. Notaba que mi musculatura se tensaba conforme me iba aproximando, respiré hondo y apreté los labios. Lo miré y él suspiró; yo sabía que lo ponía nervioso, pero él a mí también. Era la única forma de poder tener mis sentimientos un poco controlados. Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios, muy suavemente. Noté cómo su boca jugosa presionaba mi piel y eso no ayudó mucho a bajar mis pulsaciones. Tenía ganas de probar esos labios, de morderlos. Conforme se iba separando de mí dejó escapar sutilmente un poco de aliento por la zona de mi oreja y provocó que mi piel se erizara.

—Tengo aquí dos capuchinos, y como no sabía qué desayunabas, he traído rosquillas rellenas de chocolate, *carrot cake* y *muffins red velvet* con virutas de colores —decía mientras abría la caja.

Nos sentamos en un banco y empezamos a desayunar. No sabía qué coger,

todo tenía una pinta buenísima.

—Te recomiendo los *muffins red velvet*, son una pasada, se deshacen una vez dentro de la boca.

Mis pensamientos iban a mil, yo también me desharía dentro de su boca.

—¿Cómo has hecho lo del chico del...?

—¿Monopatín? —me cortó.

—Vine diez minutos antes de lo previsto, y como sé que no sabrías dónde poder desayunar, vi a ese chico sentado y le di veinte dólares a cambio de que te diera la nota.

—Pero ¿cómo sabía que era para mí?

—Pues porque no tienes pinta de ser de Chicago.

Me miró de reojo y se le escapó una sonrisa.

—¿Cómo que no tengo pinta de ser de Chicago?, ¿y de qué tengo pinta?

Me quedé mirándolo de reojo.

—Pues... —Me cogió de la cintura y me acercó a él de un tirón.

—Por tu foto de perfil.

Sonrió, no me acordaba de que cada vez tenemos más vías para facilitar la rápida comunicación, pero menos privacidad.

Lo tenía tan cerca de mí, mirándome fijamente, que sus labios tentaban a que lo besara, pero me puse nerviosa.

—Vamos a pasear para quemar un poco el desayuno —le dije.

Me levanté de un bote; no sabía qué me pasaba, pero aquel chico me revolucionaba demasiado.

Asintió con la cabeza y se levantó. Empezamos a andar por el parque, me cogió de la mano de forma muy segura, me sentía como una niña con un juguete nuevo. Probé el capuchino que trajo.

—Mmmm, qué café más rico, es supercremoso. Desde luego, aquí todo lo hacéis a lo grande.

Me giré para mirarlo, limpiándome con la lengua un resto de crema que se me quedó en el labio superior, y de repente...

—No puedo aguantar más.

Me agarró del cuello y me acercó a él; sus labios empezaron a rozarse con los míos, qué suaves los tenía, carnosos, eran mejor de lo que había pensado. Su saliva tenía sabor a chocolate, no podía dejar de besarlo. Se me cayó el capuchino al suelo y agarré a Matt por la cintura para apretarlo más hacia mí, notaba cómo su cuerpo fibroso se pegaba al mío sin dejar pasar una pizca de aire, nuestras respiraciones se sincronizaron. Mi corazón empezó a latir tan



fuerte que creía que se me salía del pecho. Nos separamos lentamente, abrí los ojos y lo vi a diez centímetros de mí. Yo lo miraba fijamente.

—No podía aguantar ver cómo te limpiabas esa crema. Tus labios me vuelven loco. —Se le escapó una sonrisa, me mordí el labio—. ¿Lo haces expresamente?

—No, no, me sale de forma inconsciente. Eres el causante de que me los muerda, no puedo evitarlo.

Cogió el vaso del suelo y lo tiró. Vino hacia mí:

—Vamos a pasear y a bajar un poco las pulsaciones, quiero saber más de ti. ¿Qué es lo que haces por aquí, en Chicago? —Entrelazó su mano con la mía y sin darme cuenta apreté la suya, dirigí la mirada hacia abajo—. Veo que para tratar este tema se necesitan más citas; tranquila, no me lo tienes que contar.

—No, no es que no quiera, estoy aquí para vivir mi vida. Me fui por una relación duradera que no salió bien, ahora me toca encontrarme a mí misma.

—Pues has venido al mejor lugar.

Aprovechó para acercarme más a él, me puso el brazo por encima del hombro. Lo miré; ahora me tocaba preguntar a mí.

—Cuéntame algo de ti. ¿Esta es la forma que tienes de ligar con todas?

Arrugué el labio y me miró sonriendo.

—Bueno, solo con las que me intrigan... No sé qué tienes, Laia, pero no te quito de mi cabeza. Quiero saber de ti, tus gestos me crean necesidad; bueno, toda tú.

Me paré en seco, nunca me habían dicho antes que yo creaba necesidad, era siempre al revés. Lo miré y le tuve que confesar:

—Es algo muy raro, porque a mí me pasa contigo, pero espero que me entiendas, quiero ir poco a poco.

—Tranquila, no hay prisa. No sé tampoco cómo acabará esto.

—¿Qué pasa? Te es muy fácil tener a la que quieres, ¿verdad?

—No te voy a engañar, ligo bastante y con facilidad. He tenido pocas novias, no me gusta atarme a nadie. Me gusta vivir y pasarlo bien. —Asentí con la cabeza—. Pero cuando te vi ahí parada contemplando el parque, tu mirada hizo que me sintiera atraído y me quedé parado observándote. Pude darme cuenta de que estabas apoyada en mi ropa y eso fue lo que hizo que me acercara a ti.

—Ya, ¿y me dices que esto no se lo cuentas a ninguno de tus ligues?

Lo empujé con una mano.

Me cogió del brazo y volvió acercarme a él. Me estaba acostumbrando a

eso de tenerlo tan próximo a mí, aunque no dejaba de ponerme muy nerviosa.

—Tengo que confesarte que ninguna chica ha hecho que mi respiración se acelere solamente con rozarle la mano. Cuando nos rozamos la primera vez tuve que volverte a tocar, no me podía creer lo que me estabas provocando. Normalmente me lo provocan sin ropa, y si tú consigues eso solo con un simple roce de manos, no me puedo imaginar cuando te vea sin ropa. ¡Buff! Solo de pensarlo...

Miró hacia arriba y se tocó el pelo.

Esta vez fui yo quien se acercó a él; me puse de puntillas, pasé mis manos por detrás de su cuello y acerqué mi boca a la suya, que seguía sabiendo a chocolate. Lo apreté fuerte hacia mí, no quería que aquello acabara nunca, y en un despiste le mordí sutilmente el labio. Me separó lentamente dejando una distancia muy corta de su boca a la mía.

—Creo que tenemos que parar, ya que al final nos van a llamar la atención por escándalo público.

Me puse a reír a carcajada limpia.

En ese momento me sonó el móvil, seguro que era Charlotte para saber cómo me iba y quedar para comer. Cuando lo saqué del bolso vi que era Marc, ¿qué quería ahora? Lo silencié y lo guardé. Volvió a llamar, saqué de nuevo el teléfono para silenciarlo otra vez, pero Matt me lo arrebató de la mano, me guiñó el ojo y descolgó.

—¿Quién es? ¡Buenas noches, bueno, aquí buenos días! ¿Laia? Ahora está muy ocupada, ya cuando ella pueda o quiera lo llama, ¿okey? Perdón, ¿que quién soy yo? Matt, ¡que descanse!

Colgó, me quedé parada mirándolo. Me devolvió el móvil con una sonrisa.

—Él es el responsable de tu viaje a Chicago, ¿verdad? Preguntaba demasiado..., ahora estará un tiempo sin molestarte.

Recibí un mensaje, pero esta vez era Charlotte. Me decía que quedábamos en un restaurante cerca de su oficina para comer, que iba a tener otro día bastante ajetreado. Le propuse a Matt que viniera con nosotras, así le presentaría a mi prima, pero tenía que hacer un par de cosas que había retrasado para poder desayunar conmigo.

Me acompañó a una zona donde había varios almacenes donde yo podía ver algo de ropa y quedamos para pasar la tarde juntos, ya que durante dos días no podía verlo por cuestiones de trabajo. Aproveché el rato que quedaba para comprar. Me dirigí a unas tiendas que me había indicado Kenneth por mensaje, verdaderamente ese chico, aunque inoportuno, era una gran salvación.

Entré en varios establecimientos y salí cargada de bolsas, mi nuevo armario había cambiado, era algo que me hacía falta. Miré la hora y vi que faltaban cinco minutos para que salieran Charlotte y Kenneth. Cuando estaba llegando me los encontré allí, Charlotte no tenía buena cara.

## Todo por la felicidad de Charlotte

—¿Qué te pasa, primi? —La abracé por la cintura—. No tienes buena cara. Charlotte bajó la mirada, resopló.

—Hoy no es un gran día para mí. Ha venido un socio de la empresa que quiere hacer cambios de estructura, y eso conlleva que o recorta para la investigación que tenemos abierta o tiene que irse gente. —Cogió aire—. Me da rabia que sea blanco o negro, llevamos mucho tiempo con este proyecto, tiempo dedicado y mucho avanzado para que se acabe aquí, pero no es justo que nadie se tenga que ir... ahora que estamos a nada de poder conseguirlo. Llevo ocho años en este proyecto y necesito acabarlo.

Le cogí la mano y se la apreté, entendía muy bien por qué estaba así. Desde que le detectaron a mi padre cáncer se sumergió en el tema de unas placas electrónicas para poner en el cerebro del paciente, de manera que se pudiera parar el cáncer, o algo así me dijo. Le afectó mucho lo de mi padre, ya que ella perdió al suyo a los ocho años. De pequeñas nos dijeron que fue por una infección que cogió en la sangre, y mi padre desde ese momento ejerció de padrino, padre y tío. Ellos eran hermanos y para él fue un golpe muy fuerte perder a su hermano pequeño, supongo que Charlotte tenía a mi padre como su salvador, esa figura masculina que siempre había estado ahí. Por eso cuando a él le detectaron el cáncer fue como repetir la historia, a ella le afectó muchísimo. Estuve varios días sin hablar con ella por videollamada, se sumergió en la búsqueda de propuestas para poder presentar ese proyecto y que fuera aceptado. Y cuando lo tenía ya casi acabado y a punto de ponerlo en el mercado, tenía que ser muy decepcionante que se lo quitaran, porque yo sabía que ella iba a preferir, como jefa de equipo, parar la investigación y buscar ayudas monetarias por otro lado antes que decidir quién no seguía en el equipo.

—¿Y has hablado con toda la junta?

Se lo preguntaba Kenneth mientras le decía a la camarera que éramos tres para comer.

—Claro, he perdido toda la mañana con reuniones, pero el que lo ha decidido ha sido el socio capitalista, eso no tiene marcha atrás, porque el que paga manda.

—Bueno, verás como al final entre unos y otros encontraréis la solución.  
La acaricié por la espalda.

Nos fuimos a la mesa y, una vez sentados, mi prima cambió el gesto al ver cómo iba vestida. Volvió a ser ella por unos instantes.

—Primaaa, ¿qué te has puesto? —me preguntó mientras me cogía de un extremo de la camiseta—. ¡Pero si esta camiseta es mi pijama!

Kenneth se puso a reír.

—Y esos son los pantalones que se me mancharon; no había manera de quitar la mancha y les pegué dos cortes, ¿cómo te has puesto esto? Si son para ir por casa...

—Pues era lo más normalito que tenías en el armario, a mí me gusta.

Se tapó la cara con una mano y resopló.

—¿No habrás quedado con el Buenorro así?

Alzó la voz y se echó hacia atrás. Le asentí y Kenneth empezó a reír, sus carcajadas eran muy peculiares, se entrecortaban como si le faltara el aire.

—Pues que sepáis que nos hemos besado. —Paré a mi prima con el dedo—. Y no en la mejilla precisamente. Ha sido uno de los besos más apasionados de mi vida, me ha creado hasta frío. Tiene una espalda, unos labios, mmmmmm.

Me detuve porque oí carraspear por detrás de mí.

—Hola, ¿ya sabéis lo que queréis?

Era la camarera. Le dijimos lo que queríamos y al girarme me encontré a Kenneth y Charlotte interesados en la conversación que habíamos dejado a medias.

—¿Qué? Esta tarde seguiremos conociéndonos.

Les expliqué todo lo que habíamos hecho durante la mañana y cómo hizo que ese chico con monopatín me diera la nota.

Me levanté para pagar la comida antes de que se adelantaran ellos, ya que Charlotte no me dejaba invitarlos a nada. En el momento en que la chica de la caja me estaba entregando el tique para que le pagara, noté que alguien me daba un pequeño empujón por detrás.

—¿Me das la cuenta de mi mesa, que me tengo que ir?

Esa voz me era familiar, y el empujón más. Me giré.

—¿Te dedicas a dar empujones por la vida?

Al darme la vuelta comprobé que, en efecto, era el chico del taxi, pero esta vez iba trajeado, un traje a medida de color azul. Realmente le sentaba muy bien, tenía barba de dos días y eso lo hacía más interesante.

Bajó la mirada y dijo sorprendido:

—Al final me has encontrado tú a mí.

—No, perdona, volvemos a repetir lo mismo de hace unos días. Estaba yo antes y tú vienes a empujarme. Empiezo a pensar que no sabes respetar los turnos.

Me salió una sonrisita.

—Es la forma de sorprenderte. Cada vez estoy más cerca de la cena, ¿no?

En ese momento vino Charlotte como una lanza:

—¡Laia!, ya sabes que no quiero que pagues nada.

Se detuvo al ver que estaba hablando con un chico trajeado y parecía que lo conocía, se dirigió a él con cara de sorpresa:

—Señor Hunter, disculpe, no sabía que estaba aquí. —Se giró hacia mí—. Laia, el señor Hunter es uno de los socios más importantes de mi empresa, es el que nos ayuda a que los proyectos tengan vida, aunque a veces no vean la luz. ¿Verdad, señor? Aunque veo que ya os conocéis.

Él se dirigió con arrogancia a mí.

—Bueno, en ocasiones el fruto da más gasto que beneficio, por lo que hay que reajustar las cosas. —Y prosiguió—: ¿Entonces tú también trabajas aquí?

—¿Yo? No, no, Charlotte es mi prima, ella es la que trabaja aquí.

—Entiendo... Bueno, ¿sigue en pie la cena?

Le sonreí y miré a mi prima, que se asomaba detrás de él poniéndome cara de decir: «ni lo sueñes».

—Eso está por ver; tienen que ajustarse muchos factores, y el primero, señor Hunter, es que mi prima Charlotte —la señalé con la mano— esté contenta y satisfecha en su día a día, no sé si me explico...

Me miró y con una sonrisa se acercó a mí.

—No me pongas a prueba, me encantan las cosas imposibles. —Me cogió el tique de la mano, se giró hacia la joven de la caja y le acercó una tarjeta dorada—. Esta cuenta también la pago yo.

A continuación, nos dijo a Charlotte y a mí:

—Bueno, chicas, que tengáis una buena tarde. A mí me han alegrado la hora de la comida, no pensaba que iba a ser tan fácil encontrarte. —Lo decía mientras me acariciaba la cara—. Contigo tengo algo pendiente y no voy a dejar pasar mucho tiempo. Ahora, sabiendo qué quieres y quién es tu prima, todo será más fácil.

Le cogí la mano; he de reconocer que la tenía suave, pero no me gustó que me tocara la cara, se la aparté. Se giró hacia Charlotte:

—Señora García, mañana a las ocho y media de la mañana la veo en la

reunión de directivos, espero que traiga todo lo necesario para demostrar por qué hay que seguir con el proyecto y tengo que seguir invirtiendo, de manera que no se vaya nadie a la calle.

Tras decir esto, me sonrió y se fue.

Es cierto que el chico estaba de muy buen ver: tez morena, ojos oscuros penetrantes, barba de dos días que creaba ese rollito tan suyo, traje a medida y perfecto, olor a colonia intensa..., pero era tan arrogante que sabía que la cena la iba a tener, aunque no quisiera.

Mi prima se quedó mirándome y dio un bote de alegría abalanzándose sobre mí.

—Se te ha olvidado explicar algo, ¿no?

Los acompañé a la puerta del trabajo y desde allí cogí un taxi para irme a casa y cambiarme de ropa, pues había quedado con Matt para pasar la tarde (y a ver si se podía alargar hasta la noche).

Cuando estaba entrando por la puerta de casa, recibí un mensaje. Era de Matt: *Pásame tu ubicación, que te recojo en unos minutos*. Compartí mi ubicación y me puse manos a la obra: entré en mi habitación, lancé las bolsas encima de la cama y rebusqué algún conjunto de ropa que había comprado. Me fui al baño para darle un poco de color a mi cara. Acabé de maquillarme y miré en los armarios del baño para dar con la colonia de Charlotte; encontré un frasco que tenía una etiqueta de «esta noche sí», la destapé, la olí, mmmm... Era suave, floral, me gustaba y me la puse. Llamaron al timbre y fui hacia la puerta. Era él. Ya estaba allí.

—Sube, te dejo la puerta abierta.

Me fui a la habitación para acabarme de vestir.

—¿Hola?

—¡Pasa, estoy terminando! —le grité desde la habitación.

Me asomé y lo vi mirando los pósteres del comedor.

—Lo tuyo es llegar antes, ¿verdad?

Me dirigí hacia él para abrazarlo, con la torpeza de que me tropecé con una zapatilla de Charlotte que estaba en medio del comedor. Me caí encima de él.

—Esto es lo que provoco a las mujeres cuando me besan, que es verme y se tiran encima. —Sonreía mientras me intentaba incorporar.

Me sonrojé; si ya por naturaleza soy torpe, solo me faltaban los descuidos de mi prima para ayudarme. Me levanté y lo miré:

—Lo siento, me voy a poner los zapatos.

Iba hacia el sofá para ponerme los zapatos cuando me cogió por la espalda

y me acercó a él. Pasó sus labios por mi cuello.

—De sentir nada, me encanta tenerte entre mis brazos.

Nos empezamos a besar y lo seguimos haciendo mientras él me quitaba la camiseta e íbamos a mi habitación. Le quité la suya y lo apreté contra mí, tenía la piel muy suave y daban ganas de no parar de tocarlo. Llegamos hasta la cama sin parar de besarnos, me moví para ponerme encima de él y nos caímos al suelo. Nos pusimos a reír sin parar, se giró para seguir besándome cuando de repente se oyó cómo se abría la puerta.

—¡¡Primiiiiii!! ¿Estás aquí? ¿A qué hora has quedado con el Buenorro?

Nos miramos en silencio y me sonrió cuando supo cómo lo llamábamos. Matt se puso la ropa y salió al comedor mientras recogía mi camiseta y la lanzaba hacia mí.

—Uyy, si esta aquí. ¡Hola!

Kenneth se quedó observándolo con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos cruzados, esperando a que yo saliera de la habitación.

—Kenni, nos vamos ya, dile a Charlotte que estaré con Matt toda la tarde.

Fui hacia la puerta para no mirarle la cara, estaba roja como un tomate y sabía que iba a decir alguna cosa de las suyas. Matt vino detrás diciéndole adiós con la mano.

—¡Que os lo paséis bien! ¡Y a ver si os vais «relajando», que estáis muy tensos! —gritaba mientras cerrábamos la puerta.

Nos subimos al coche y nos pusimos a reír.

—Soy el Buenorro, ¿eh? —me preguntó.

—Sí, eres el Buenorro. ¿Dónde me vas a llevar?

—Sorpresa, la tarde es larga, y como estaremos unos días sin vernos, vamos a exprimir las horas que nos quedan.

La primera parada fue en un mirador donde podíamos ver todo Chicago. Se apreciaban puntitos blancos, rojos y naranjas, acompañados de un lindo atardecer y música que salía del coche de fondo, qué bonito es ver las cosas desde fuera. Nos sentamos en el capó de su coche y sacó unos tarros de fruta para comer.

—Te tengo que decir que me tienes conquistada con estos detalles, marcas la diferencia. No me puedo creer que aún no hayas tenido a una persona a tu lado, siendo todo así. —Le cogí un tarro de fruta.

—¿A qué te refieres diciendo «todo así»? —Se me quedó mirando fijamente.

—Pues teniendo estos detalles, siendo como tú eres, guapo, simpático...



—Buenorro. —Le salió una carcajada.

—Bueno, sí.

—Ya te dije, Laia, que lo que me está pasando contigo no me ha pasado con nadie, consigues que haga cosas que al contárselas a algún amigo o compañero mío te diría que no son verdad. Tienes algo que hace que mi corazón se vuelva loco, mi respiración se dispare y no deje de quitarme las ganas de tocarte y besarte.

Se acercó a mí, estaba tan cerca que notaba cómo se le aceleraba la respiración. En ese momento me hubiera tirado encima de él para besarlo y seguir lo que habíamos dejado pendiente. Pero Matt se puso serio, me cogió de la mano y noté que quería decirme algo, algo importante.

—Este es un sitio al que me traía mi padre desde bien pequeño, me contaba aventuras suyas y nos quedábamos toda la tarde charlando sobre cómo serían nuestras vidas. Una tarde estábamos aquí y comenzó a llover muchísimo, nos fuimos para casa porque mi madre se empezó a preocupar, con la mala suerte de que en medio del camino nos cruzamos con un ciervo y mi padre cruzó el coche, perdió el control y nos salimos de la carretera. Yo solo recuerdo abrir los ojos, estar rodeado de bomberos y sanitarios preguntándome: «¿cómo te llamas, chico?». Quería saber cómo estaba mi padre, pero no me explicaban nada, me decían que lo habían llevado al hospital y yo iba a ir también. —Respiró hondo—. Cuando llegué vi a mi madre desconsolada. Vino corriendo hacia mí para abrazarme, entendí que mi padre..., mi padre murió, murió por salvarme. Salí disparado y él, con las pocas fuerzas que le quedaban, llamó a urgencias y se fue arrastrando hasta donde yo estaba para cogerme y taparme.

Toqué la cara de Matt, estaba frío y tenso.

—No hace falta que me lo expliques.

—Lo necesitaba, hace muchos años que lo tenía dentro. Mi padre me explicaba muchas veces lo que sintió cuando conoció a mi madre, yo me reía, porque me parecía cursi. Pero ese día en el parque era como si mi padre estuviera a mi lado explicándome y lo sintiera yo. Es algo raro de expresar, Laia, pero sé que eres la chica. No quiero asustarte, no sé cómo funciona esto de querer así a una persona, para mí es nuevo y no la quiero cagar. Me creas necesidad, no te quiero perder.

Me quedé helada, no sabía qué decir ni qué hacer después de estar tantos años con un chico del cual creía que era el perfecto y después no funcionó. ¿Y si con Matt iba a pasar lo que me pasó a mí?, ¿y si yo no era su persona perfecta?

—Laia, te he asustado, ¿verdad?

—Pero ¿y si yo no soy la persona que crees? Me atraes mucho y empiezo a sentir cosas que no había sentido por nadie, pero...

Me calló con un beso.

—Tranquila, lo vamos viendo, déjame a mí comprobar si eres la persona que creo.

Lo miré y nos fundimos en un abrazo.

## Acabando lo que hemos empezado

Nos dirigimos a la siguiente parada, me llevó a una terraza privada donde daban una fiesta con música en vivo. Estaba adornada con guirnaldas de luces, había camareros pasando con bandejas y ofreciendo comida a todo el mundo. A un lado había unos pinches haciendo carne a la brasa y al otro lado una barra donde poder beber algo, daba muy buen rollo. Fuimos avanzando entre la gente que estaba bailando y al hacerlo vimos a otro grupo sentado en una zona *chill out*, con bebida en la mano y riéndose. Uno de ellos nos vio y se levantó.

—¡Hombre, Matt! —Se chocaron la mano—. Ya pensaba que no ibas a venir, últimamente me dejas tirado.

Se me quedó mirando.

—Hola, me llamo Laia. —Le tendí la mano.

—Sí, ella es la causante de mi ausencia. Él es Campos, mi compañero y amigo.

—¡Ahhh! Me lo tienes secuestrado, pero ahora lo comprendo todo.

Se lo quedó mirando y a Matt se le escapó una sonrisa pícaro.

—Pues bienvenidos a mi humilde morada, disfrutad muchísimo de esta fiesta.

Nos dirigimos a la barra de las bebidas y pedimos dos mojitos fresquitos, empezó a sonar una canción de Amaral. Miré a la banda de música y vi que allí estaba Campos. Cogí a Matt de la mano y nos adentramos en la zona de baile. Él me iba diciendo que no, que no sabía, así que le cogí esa misma mano, la coloqué alrededor de mi cintura y puse la otra en mi cuello, me acerqué a él y le susurré:

—Tú sígueme.

Empezamos a movernos hacia un lado y hacia otro, sin parar de reír. No podía dejar de mirarlo; se acabó la canción, miré hacia campos y le guiñé un ojo. Él me saludó como un marine. Empezó una canción lenta y aprovechamos para parar y sentarnos en uno de los sillones, donde podríamos hablar.

—¿A qué os dedicáis Campos y tú? —Me tenía intrigada.

—Somos bomberos.

Miró a Campos sonriendo y se giró hacia mí.

—Ahora entiendo muchas cosas, mmmm... Matt el Buenorro es bombero, Charlotte y Benni se van a deshacer. ¿Entonces tú rescatas a los gatitos y a aquella abuelita en apuros? —Puse la mano encima de su pierna, cada vez estaba más cómoda con él, era como si lo conociera de toda la vida—. Estoy deseando verte con el uniforme puesto.

Resoplé. Aprovechó y se acercó a mí, me dio un beso.

—¿Quieres acabar lo que empezamos?

Le devolví el beso y asentí con la cabeza.

Nos levantamos y nos fuimos, cogimos el coche y la tercera parada fue su apartamento. Me sorprendió lo ordenado que lo tenía, ya que convivía con la chica más desordenada de Chicago, por no decir del Estado entero.

—¿Quieres algo de beber? —Me lo decía con la nevera abierta y copa de vino en mano.

—Vale, una copa. —Me senté en el taburete de la isla.

—¡Vamos a brindar! —decía mientras me acercaba la copa—. Por nosotros, por ser nuestra mejor casualidad.

Bebimos un poco de vino, dejamos las copas encima de la isla y nos lanzamos en brazos del otro. Empezamos a desnudarnos, sacándonos las camisetas con besos y lametones, no podía dejar de besarlo y de manosearlo. Me agarró fuerte y me subió encima de él; dejé de tocar el suelo, aquello empezaba a ser como una de mis mejores películas. Me llevó a su habitación y se dejó caer en la cama, me quitó el pantalón sutilmente y empezó a acariciarme las piernas dándome besos, mi piel se iba erizando. Fue subiendo hacia arriba y me lo encontré delante, nos quedamos mirando uno al otro. No me había sentido así nunca, era como una loba en celo con ganas de más. Lo empujé y de un revuelo me puse encima, me quité el sujetador y él me acarició los pechos de tal forma que casi llego a tener un orgasmo. Nos empezamos a besar como si no hubiera un mañana, entró en mí; no sé cómo lo hacía, pero me creaba un placer infinito, con ganas de más.

Noté un brazo que me rodeaba por la cintura, abrí los ojos y no reconocía dónde estaba. Me giré y lo vi dormido; si era bonito despierto no digo ya dormido, me lo comía entero. Cogí el móvil y miré la hora, eran las cuatro de la madrugada. Me fui hacia la nevera y, como en las películas americanas, vi la garrafa de cinco litros de leche y me serví un poco. Vi que mi prima me había escrito:

—¡¡Loca!!, veo que no estás en tu cama, espero que estés con el Buenorro. Mañana quiero todo con pelos y señales, y con todo quiero decir todo, hasta

*los fuegos artificiales también, que veo que me vas a dejar sin la mejor parte. Te quiero. xxx.*

Se me escapó una leve carcajada, dejé el móvil y me puse a pensar en lo sucedido aquella noche. Volverlo a recordar hacía que mi respiración se acelerara, fue increíble.

Me dirigí al baño, intenté ir silenciosamente para no hacer ruido, me quería dar una ducha antes de que Matt se levantara y nos tuviéramos que ir. Puse el agua caliente mientras me recogía el pelo y entré en la ducha, me iba cayendo el agua suavemente por los pechos, con mis manos iba acariciándome. Cerré los ojos y me di la vuelta para que el agua cayera por la espalda. Hacía tiempo que no me daba una ducha así, tan gratificante; Marc y yo haría cosa de seis meses que no hacíamos nada, ni cogernos de la mano, ahora ya sabía el motivo. Abrí los ojos y vi a Matt mirándome, apoyado en la pared. Esta vez era él quien se mordía el labio. Se acercó.

—¿Cuánto tiempo hace que estás ahí parado? —Se lo preguntaba mientras lo abrazaba.

—El suficiente para que me tengas así.

Me llevó hacia la pared y volvió a hacerlo, otra vez sacó a la loba de dentro de mí, volví a enloquecer. Nunca lo había hecho en una ducha, cayendo el agua sobre nosotros, notando su cuerpo mojado frotándose con el mío. Mi temperatura subía por momentos, fue increíble.

Cuando salí del baño para vestirme él ya tenía el uniforme de bombero puesto, esperándome para tomar el café juntos.

—Si sigues por el piso así, con toalla, al final me obligarás a llegar tarde.

—Ya me gustaría, porque la verdad es que con ese uniforme volvería a la habitación contigo, pero no me agrada que la gente llegue tarde.

Salí de la habitación ya vestida y fui a por mi café, le di un beso.

—¿Solo desayunas *donuts* o bollería?

—Bueno, lo que sea más rápido, ahí en el parque comemos lo que nos hace el aspirante, imagínate si no sabe cocinar. ¿Qué me propones?

Se abalanzó sobre mí y me besó el cuello, cogió una bolsa y las llaves de su coche. Salimos.

—Pues en estas cuarenta y ocho horas que no te veré busco plan y esta vez te sorprendo yo a ti.

Cogí una manzana que había en su frutero y salí disparada hacia fuera.

Insistió en acercarme a casa y allí nos despedimos, primero con un sutil beso. Nos separamos y me abalancé sobre él para despedirme como se

merecían esas cuarenta y ocho horas sin verlo, para que no se olvidara de mí.

—Toc, toc. —Dieron unos golpes al cristal de la ventanilla.

Nos giramos, era Kenneth.

—¿Qué, tortolitos, ya habéis liberado tensiones?

—Que no nos veamos no quiere decir que no te llame o te escriba, que no quiero dejar de saber de ti, y menos tanto tiempo —me decía Matt dándome una palmadita en el culo.

Mientras yo abandonaba el coche Charlotte salía del apartamento muy contenta:

—Hola, Matt —lo saludó desde la puerta—. Laia, hoy tengo la reunión con el señor Hunter, ya te diré cómo ha ido todo.

Me giré hacia Matt, estaba tenso. Sabía que quería saber quién era ese señor. Le comuniqué con gestos que luego le escribía, ya que llegaba tarde y era una larga historia.

Despedí a mi prima y Kenneth y me fui directa al apartamento para dormir unas horas más, ya que mi cuerpo estaba agotado por la fiesta que tuvo toda la noche.

## Señor Hunter

Fueron pasando las horas y aún no había escrito a Matt explicando quién era el señor Hunter. «¿Qué le digo? Es un chico al que conocí antes que a ti, porque se dedica a dar empujones a chicas para luego pagarles la carrera del taxi y comidas...». Aquello era muy complicado, ¡buf! No sabía qué hacer y llamé a mi madre.

—¿Hola? —Eran mi padre y mi madre juntos—. ¿Cómo estás? Si aún no tenemos noticias tuyas quiere decir que te estás adaptando bien.

—Hola, papis. Sí, la verdad es que estoy muy bien. Ya sabéis cómo me trata Charlotte, no quiere que haga nada y que disfrute. Kenneth un amor.

Mi madre le dijo a mi padre que le fuera a buscar un vaso de agua a la cocina y ahí aprovechó:

—¿Qué pasa, Laia?

—Mamá, he conocido a un chico, bueno, a dos, pero hay uno que me tiene prendada. Cuando lo tengo cerca me cuesta respirar, me acelera el corazón, no puedo controlarme. Y...

—Lo habéis hecho, ¿no?

—Sí, y ha sido espectacular. Me trata superbien, pero la cosa está en que el otro chico, al cual conocí por casualidad y antes que a este, es el jefe de Charlotte. Yo no lo sabía, por supuesto, y quiere tanto sí como no una cena conmigo.

—Papá, que se me había olvidado, cógeme el cojín de la habitación y las zapatillas. —Mi padre se volvió alejar—. Hija, al grano, que tu padre no tardará.

—Pues que el jefe de Charlotte quería cortarle el grifo monetariamente. Eso conllevaba que no pudiera seguir con su proyecto, y le dije que si ella estaba feliz yo le concedería la cena. Esta pequeña información no la sabe Matt, que es el primer chico del que te hablaba. Y ahora él sabe que el jefe existe y quiere saber más. No la quiero cagar, ¿qué hago?

—Primero respira hondo, tú sabes que la verdad es lo más importante y Matt tiene que saber qué ocurre y lo que sientes. Si tiene que pasar algo, es que estará molesto unas horas o unos días, pero lo acabará entendiendo.

—Bueno, hija, que tu madre no me deja, pero en breve tendremos que hacer

una reunión con videollamada, porque hay una empresa en Canadá que esta interesada en nuestras semillas y es para que hables con ellos.

—¿Cuándo la tienes prevista? Porque estando en el mismo continente puedo coger un avión y presentarme allí para hablar personalmente. ¿Te parece? — Me asintió con la cabeza—. Pues, papis, os tengo que dejar, que tengo que hacer una llamada. Vamos hablando, y gracias por el consejo.

Cogí el móvil y llamé a Matt. Oí: *Este es el buzón...*, así que le escribí:

—*Hola, Matt, cuando puedas llámame, necesito hablar contigo. Laia.*  
xxx.

Estuve mirando por internet varios planes para hacer con Matt en los tres días que podíamos estar juntos. Le escribí a Kenneth a la hora de comer, para que me ayudara a decidir.

Ordené un poco el piso, ya que volvía a haber cosas de Charlotte por medio. También les hice unas compras de verduras y hortalizas *on-line*, pues tenían la nevera vacía.

Me cambié de ropa y me puse canciones españolas, ya echaba un poco de menos el español. Me dirigí a la oficina de Charlotte, habíamos quedado para comer y me tenía que decir cómo había ido la reunión. Cuando me estaba acercando al edificio, de lejos vi cómo un camión de bomberos se paraba enfrente. Corrí hacia allí pensando que había pasado algo, pero mientras me acercaba vi que el conductor era Campos y me sonreía. Se abrió una puerta y bajó Matt, quien se acercó a mí y me plantó un beso.

Iba con la cara un poco manchada de negro y estaba algo sudoroso, pero aun así sabía a gloria.

—¿Venís de un incendio?

—Sí, hoy hemos tenido una mañana movidita. He visto tu mensaje y les he dicho a los chicos que vinieran aquí, sabía que ibas a estar.

—Matt, lo del señor Hunter...

—Tranquila, confío en ti, pero quiero saber quién es. Fue oír su nombre y te pusiste tiesa, supe que pasaba algo.

—Es un chico al que conocí antes que a ti, por casualidad en el aeropuerto, me dio un pequeño empujón. —Frené a Matt colocando mi mano en su pecho, se puso en modo protector—. Estaba mirando el móvil y vio al taxi pero no a mí, por el empujón me pidió disculpas y me pagó la carrera. Y la casualidad fue que me lo presentaron el otro día como jefazo de mi prima, por eso ella estaba así..., porque él desde un primer momento quería cenar conmigo y yo le dije que no cenaríamos juntos si mi prima no era feliz.



Se echó las manos a la cabeza.

—¿Cómo que una cena? ¿Iré yo contigo?

—Matt, ¿crees que querrá que tú estés? —Lo cogí de la mano, para suavizar.

—Laia, bueno, está bien. —Miró hacia el suelo—. Si tú crees que tienes que ir a cenar ve a cenar, pero solo cena, por favor.

Matt se detuvo porque empezó a sonar su *walkie-talkie* diciendo que necesitaban las unidades a una calle...

—Te dejo, princesa, pero que el señor Hunter no se pase ni un pelo. Quiero saber cuándo es la cena. —Me lo decía mientras me besaba y se alejaba yendo hacia el camión.

Le sonreí y se subió de un bote, se fueron con la sirena puesta.

Salió Charlotte gritando mi nombre desde la puerta, estaba muy contenta. Dio un salto y me abrazó. Entendí que todo había ido bien, se apartó extrañada.

—Laia, hueles a humo. —Se echó para atrás y volvió a olerme.

Me reí y le expliqué que Matt el Buenorro era también bombero. Me cogió del brazo, nos dirigimos al restaurante y le fui contando todo lo sucedido con Matt, con pelos y señales. No paraba de taparse la cara, reírse, me decía que qué suerte tenía, que no se podía creer todo lo que le contaba. Que era demasiado princesa para esa historia tan erótica, que si tenía algún amigo para ella. Empezamos a comer, Kenneth se incorporó más tarde. Estuvimos hablando de dónde podía ir con Matt esos tres días libres, y he de reconocer que me sorprendió bastante; me imaginaba fiestas de esas clandestinas en las que todos lo hacen con todos, o algún hotel de esos donde organizan intercambio de pareja, pero no fue así, tuvo ideas muy buenas y originales.

Salimos del restaurante. Kenneth se volvía conmigo para casa, y Charlotte se giró:

—Por cierto, Laia, el señor Hunter —se me estremeció todo el cuerpo, me puse rígida y vi que mi prima alargaba el brazo con una nota en la mano— me ha dado este papel para ti, no lo he querido abrir.

Cogí la nota y la guardé en el bolso; actúe como si nada, pero estaba deseando llegar a casa para leerla.

Estuvimos mirando los posibles planes para hacer esos tres días, pero la mayoría de cosas estaban completas. Se me iban acabando las opciones y finalmente a Kenneth se le ocurrió algo.

—Espera a que haga una llamada y te digo algo. —Se fue hacia su

habitación con el móvil—. ¿Bryan?

Mientras él hablaba en la habitación aproveché para sacar la nota del señor Hunter:

*Tu prima ya está contenta, ahora te toca mover ficha a ti. Dime día y te llevaré a cenar a un lugar muy especial.*  
Patrick

Su teléfono estaba escrito debajo de la firma. ¿Cómo le explicaba aquello a Matt?

—Ya está, ya tengo tu plan. —Salía Kenneth de la habitación mientras yo doblaba la nota rápidamente y la escondía en mi bolso—. Vas a pasar una estancia en un refugio en medio de la naturaleza y cerca de un lago. Gentileza de Kenni.

—Kenni, otra cosa, ¿para conseguir pan de molde, pero de este tipo y estas cosas? —Giré la pantalla del ordenador y le enseñé lo que necesitaba.

—Sí, eso lo hay en un colmado cerca del *afterwork*, si quieres podemos ir a comprar y nos tomamos algo mientras esperamos allí a tu prima.

Fueron pasando las horas, la verdad era que los días se me hacían más largos sin Matt, pero aproveché para adelantar faena y prepararme la reunión con ese empresario nuevo interesado en las semillas de papá. Me puse en contacto con él a través del *e-mail* que me envió mi padre y cerramos la reunión para la semana siguiente, a ver si coincidía con que Matt no trabajara y me acompañara.

Estuve viendo las redes sociales, que las tenía un poco olvidadas, y lo primero que me salió en las noticias fue una foto de Marc mirando un amanecer junto a una frase dedicada a mí: *Sé que no lo hice bien, pero de los errores se aprende, me podías haber dado otra oportunidad y no irte con otro*. No me lo podía creer, él era el que durante seis meses me había estado engañando con otra mujer, y no con una mujer cualquiera, sino con mi mejor amiga, pero según su versión era yo quien lo estaba haciendo mal, por conocer a más personas. Bueno, lo dejé pasar, tenía que superar esa etapa.

Recibí un mensaje, era de Matt:

—*Princesa, ¿ya tienes plan? Si quieres nos podemos encerrar las 72 horas en mi apartamento sin salir y nos pueden traer la comida a casa. Es un plan perfecto, sin parar de tocarte, desnudos los dos...*

Ya me lo podía imaginar y no era mala idea, pero quería sorprenderlo con el refugio, sabía que le iba a gustar.

—*Sí, tengo plan y es buenísimo. Cuando te han pasado el aviso esta mañana, ¿cómo sabías que era para ti? ¿Ahí decía tu parque o número de camión?*

Me contestó:

—*El mío es el parque 118, pero mi camión es el 21, que era el que pedían en ese momento. Por cierto, ¿cómo le ha ido a Charlotte?*

Sabía que estaba tardando en preguntar.

—*Ella muy bien, ha salido supercontenta.*

Dejó de escribirme. Sabía que estaba molesto, por eso no me lo pensé: fui a buscar cena y me dirigí a su parque.

Cuando llegué, los accesos estaban cerrados y me di cuenta de que en un lateral había una puerta con luz por la que se podía entrar. Me fui acercando y salió Campos.

—*Vaya, ¿qué haces por aquí así de cargada? —Vino corriendo a ayudarme y me cogió todas las cajas—. Mmmmm, como sepa igual que huele... Ven, pasa, que Matt está dentro, en su despacho.*

Entramos en el comedor. Había gente sentada en la mesa, otra de pie hablando y otra viendo la televisión. Se giraron hacia mí y hubo un silencio.

—*Chicos, os presento a Laia. Laia, estos son los chicos.*

Saludé con la mano y todos dijeron «hola».

—*Ha tenido el detalle de traernos la cena y hueleeee...*

Se levantaron emocionados y algunos vinieron a darme las gracias, otros fueron a la mesa. Me giré y me encontré a Matt con los brazos cruzados, mirándome y con una sonrisa que era contagiosa. Iba con su uniforme, pero esta vez estaba limpio. Me dijo con el dedo que me acercara, me dirigí hacia él. Una chica con un uniforme diferente se acercó a mí, con cubiertos en la mano.

—*Laia, ¿cenar con nosotros?*

—*No, tranquila, yo me iré, que no quiero molestar.*

La chica asintió y al girarme vi a Matt haciendo unos gestos raros.

—*¿Qué haces?*

Matt sonrío, me cogió de la mano y me llevó hacia dentro. Me enseñó todo el parque y cuando llegamos a su despacho cerró la puerta y bajó las cortinas. Se giró hacia mí y nos empezamos a besar, qué ganas tenía de volver a probar sus labios. Me fue tirando hacia atrás y llegamos a su mesa, que era chiquitita

y estaba llena de papeles. Retiró los papeles y me sentó encima, pasó sus manos por debajo de mi camiseta y empezó acariciarme. Metí mi mano por dentro de su pantalón, tenía la piel muy suave, estaba depilado. Lo toqué rozando mis uñas y se acercó mucho más a mí, noté cómo su espalda se tensaba y se le ponía todo duro. Se separó de mí:

—Para, para.

—Has empezado tú a darme esos besos y a acariciarme. Haces salir a la loba que llevo dentro.

Me puse a reír mientras él se separaba y se colocaba otra vez bien la camiseta.

—¿Cómo es que estás aquí?

Se acercó a mí, guardando distancias.

—Pues no me escribías y quería saber qué pasaba.

—Bueno, ya sabes que el tema del señor Hunter no me gusta nada, y si ahora Charlotte está bien eso quiere decir que él ha movido ficha para cenar contigo.

—Sí, tendrá cena, pero solo cena, yo le marcaré distancias. No pienses que porque haya hecho esto me voy a entregar a él...

—Ya, lo sé. Pero solo pensar...

Lo cogí de la mano y lo acerqué a mí.

—Soy una chica con las cosas claras. Sé quién me vuelve loca, eres tú. Aunque él intente algo, soy yo quien le tengo que parar los pies. Vengo de un desengaño, ¿recuerdas?

Me sonrió y me besó.

—Vamos al comedor a cenar, que estarán todos esperando.

Cuando llegamos al comedor ya estaban cenando. Todos se giraban conforme íbamos pasando.

—Matt, esta chica...

—Calla, Bernard —le decía Matt al chico con una gorra al revés que se sentaba en la esquina.

—Siéntate aquí, te traigo un plato.

Me senté al lado de la chica que me preguntó si iba a quedarme a cenar y cuyo uniforme era distinto al de los demás. Me giré y me sonrió.

—Hola, soy Marien. Sí, soy sanitaria. —Me tendió la mano.

—Estaba mirando que vas diferente al resto, ¡qué guay!

—Ese chico de ahí delante. —Me señalaba a un chico finito, rubio, con ojos verdes, que me saludaba desde la otra mesa—. ¿Ves que va como yo? Es mi

compañero, se llama Milton. Tengo que confesarte una cosa: Bernard tiene toda la razón en lo que comentaba.

—¿Y qué es lo que iba a decir? —Me acerqué a ella intrigada.

—Pues que eres la primera chica que trae al parque. Nunca hemos conocido a ningún ligue suyo, tampoco en el bar que frecuentamos.

Me puse recta y mi corazón se encogió, parecía una adolescente con mariposas volando por su estómago.

—Marien, ¿qué le estás diciendo?

Matt traía mi plato y el suyo llenos, la miraba mientras se sentaba.

—Nada, me explicaba por qué lleva un uniforme diferente al vuestro y que Milton es su compañero. No sabía que aparte de bomberos también había sanitarios en el mismo parque. Creo que en España es diferente.

—Sí, aquí estamos todos juntos, como una familia. Están los bomberos, los de la brigada, el capitán y los sanitarios. Cada uno tiene su función y todos juntos salvamos vidas.

Me quedé mirando a Matt, recordando lo que me había dicho Marien: era la primera.

Acabamos de cenar y salimos del parque para dar una vuelta, estuvimos hablando de cómo le había ido el día y de cómo quedaríamos al día siguiente para dar comienzo a nuestros tres días. Le enseñé la nota de Patrick; no le hizo mucha gracia, pero sabía que lo tenía que leer.

Pedí un taxi y fui a despedirme de ellos. De repente sonó la alarma, era un aviso. Empezaron a vestirse y a subirse a sus vehículos; Matt pasó corriendo, me besó y se subió al camión.

—Nos vemos luego, princesa, que descanses. Avísame cuando llegues.

## La verdad por delante

Me despertó la luz que entraba por la ventana y miré el reloj: quedaba media hora para que sonara la alarma, qué rabia me daban esas cosas. Empecé a dar vueltas, pero no conseguía dormir, así que me levanté y acabé de preparar las cosas para la escapada.

Me fui a la habitación de mi prima y miré sus trajes de baño, no me podía creer que solo tuviera bikinis brasileños. Rebusqué y lo más tapado que encontré fue un *trikini* brasileño de color rojo... Lo cogí, qué remedio.

Llamaron al timbre; era Matt, que ya estaba allí. Cogí un par de cosas de la cocina y les dejé una nota a mis compis:

*Gracias por estar ahí, gracias por animarme y ayudarme a confiar en mí.*

*Laia xxx*

Bajé y vi a Matt con su chaqueta de cuero, una camiseta azul marino, unos tejanos desgastados y el pelo recién mojado.

—¿Listo? —Tendí la mano.

—¿Qué quieres?

—Las llaves de tu coche, voy a conducir yo. —Le sonreí, Matt puso cara de extrañado.

—¿Cómo? ¿Que quieres conducir mi coche? Ni hablar.

—Matt, la sorpresa es mía, confía en mí.

—Sí, yo confío en ti. Pero es que este coche no es un coche cualquiera, es un Mustang y solo ha tenido un conductor: yo.

—Se lo estás diciendo a una chica que lleva un Renault 5 Copa Turbo del año 85. O me dejas llevarte o no hay sorpresa, tú decides.

—Ten las llaves, pero ve con mucho cuidado, no me lo subas de vueltas.

Cogí el GPS y nos fuimos al refugio.

Cuando llegamos comprobamos que era una zona preciosa. Se trataba de un refugio de montaña de alto *standing* en plena naturaleza, a diez metros se encontraba el lago con un pequeño embarcadero.

Nos dirigimos al refugio y miré encima del marco de la puerta, allí estaban

las llaves. Nos miramos y entramos. Por fuera era precioso, pero por dentro era espectacular: cocina y comedor abierto, pero en dos ambientes diferentes, con un asiento colgante al lado de una chimenea... Había unas escaleras que subían a la segunda planta, donde estaban las habitaciones. En una de ellas nos encontramos una cubitera con una botella de champán, dos copas y una cesta de frutas. También tenía una terraza inmensa con una bañera de hidromasaje, fue verla y Matt se dirigió a mí:

—¿Pero cómo has encontrado esto? —Me lo decía en el oído mientras me abrazaba por detrás.

—Pues una conquista de Kenneth, que le debía un favor. Para el resto deja fluir tu imaginación.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y ahora qué hacemos, qué tienes pensado?

—¿Has podido descansar un poco?

Matt se quedó mirándome con cara de que no iba a dormir.

—Vale, no te hablo de dormir, pero quiero preparar el desayuno. Tú ponte cómodo, yo me encargo de todo.

Le di un beso y lo empujé para que empezara a moverse. Se me quedó mirando mientras yo bajaba las escaleras.

Al cuarto de hora bajó él, con unos pantalones cortos y sin camiseta. No pude resistirme a observar cómo bajaba, era perfecto. Él se dio cuenta y empezó a reírse pícaramente.

—Bueno, Matt el Buenorro, aquí tienes un desayuno típico de mi tierra.

Me giré y le mostré la mesa preparada con productos típicos de España: tostadas de pan payés, tomate y aceite, embutido ibérico, tortillas recién hechas, un zumo de naranja recién exprimido y café para poder empezar el día con ganas, ya que nos quedaban setenta y dos horas por delante para disfrutar.

—Pero... ¿de dónde has sacado todo esto? —preguntó sorprendido mientras se sentaba.

—Tener un amigo cerca con muchos contactos va genial, yo le doy la idea y él hace el resto.

Acabé de desayunar y, como a Matt aún le quedaban cosas por probar, me senté encima de él. Directamente me fue a besar, pero lo frené poniendo mi dedo índice en sus labios.

—Espera. Tú acaba de disfrutar y te espero arriba. —Señalé hacia nuestra habitación, puso los ojos en blanco.

Fui al dormitorio y me puse el *trikini* de mi prima. Movía la tira de tela de atrás para ver si podía taparme un poco de nalga, pero era la justa para tapar

la raja... Cogí el teléfono y llamé a Kenneth:

—¡Kenni! Sí, sí, hemos llegado hará un rato, ha sido fácil encontrar el sitio. A ver, espera, déjame preguntarte... El tema de la bañera de hidromasaje, ¿cómo funciona?, ¿qué tengo que hacer? Sí, estoy delante.

Kenneth me indicó cómo tenía que ponerla en marcha.

—Mil gracias por ayudarme. ¿Qué? ¡Ja, ja, ja, ja! Sí, tú tranquilo, que la estrenaremos.

Colgué de un salto, porque Matt me cogió por las nalgas acercándose a mí.

—¿Cómo me traes este tipo de bañador? Me quieres volver loco.

Me iba acariciando las piernas, pasó sus manos hacia delante hasta llegar a mis pechos, de la forma en que lo hacía aceleraba mi corazón. Me giré y nos metimos en el *jacuzzi*.

No sé si calentamos nosotros el agua o se calentó por sí sola, al final el *trikini* tuvo su función.

Nos quedamos dormidos en la cama. Desperté y vi que estaba sola; miré a mi alrededor, no había rastro de Matt. Salí y lo vi a lo lejos, sentado en el muelle del embarcadero. Me puse la chaqueta, ya que había refrescado un poco, y cogí una manta.

—¿Qué haces aquí solo?

—Estaba pensando...

Tiró una piedra al agua, me miró y con sus ojos clavados en los míos me confesó:

—Laia, tengo miedo. Está yendo todo tan rápido, cada segundo que paso contigo es tan intenso... Estás dejando huella en mí, necesito saber de ti, verte, escucharte, sentirte. Estos días, trabajando, temía que cada incendio que entraba fuera el último, no verte más y no haberte dicho todo lo que siento por ti. Quiero que entiendas que tienes que ser siempre tú misma, no quiero que estés cohibida para no hacerme daño.

Lo cogí de la mano.

—No me reprimes en nada, en todo momento soy yo misma y actúo como quiero. Vamos a hacer lo que dijiste el otro día de dejarnos llevar y vivir el momento. Y seamos nosotros mismos quienes descubramos lo que va a pasar sin adelantar acontecimientos. Has liberado mi yo interno; lo tenía ahí encerrado, no sabía ni que existía, y estoy como en una nube.

Sonrió y miró hacia el agua.

—Pero el señor Hunter...

Respiré hondo.



—Sabes que tengo que acudir a esa cena, no va a pasar nada. Si hubiera querido no te habría explicado nada, si lo he hecho es por algo. —Tragó saliva—. Confía en mí. ¡Por cierto! En España todos saben de ti.

Se giró hacia mí sorprendido.

—¿Cómo?

—Le he hablado de ti así por encima a mi madre. —Le guiñé un ojo—. Y Marc publicó una foto con una frase dedicada. Amigos y conocidos me escribieron, compartieron la imagen para preguntarme qué había pasado, entre otras cosas. Imagínate. Me dan ganas de hacerme un selfi contigo para callar las bocas de quienes creen que yo he sido la causante de su deslíz.

—Pues hagámoslo, así daremos que hablar.

Cogí el móvil, me coloqué a su lado, apoyada, y cuando estaba ya enfocada, me abrazó agarrándome un pecho y me dio un mordisco en la mejilla.

Esa imagen provocó mucha revolución en mis redes, y ya os podéis imaginar quién me escribió un mensaje. Sí, era Marc, pero no me apetecía que me estropeará la escapada.

Fue una buena idea el poder pasar unos días sin distracciones ni interrupciones, los dos solos, para conocernos más profundamente. La verdad es que me tenía agotada, era una máquina sexual. Allí donde iba de la casa me lo encontraba semidesnudo, enseñándome sus bellezas; tenía un cuerpo irresistible, era como una obra de arte andante.

Además su mirada era penetrante, hacía que mi corazón palpitara solo con mirarlo, me perdía por su azul intenso. Tenía una sonrisa de esas pícaras que hacía que mi respiración se acelerara. Y para rematar aquellos labios carnosos, los causantes de que me lanzara encima de él para besarlos.

No hubo lugar de la casa que no probáramos. Lo que vi en esos días de Matt me gustó muchísimo.

Era la última noche que estábamos allí. Preparamos la cena juntos, con roces y caricias, no me cansaba de que me tocara, me besara, cada vez quería más. Se sentó, dejó la nota de Patrick en la mesa.

—Y la cena, ¿cuándo tienes pensado tenerla?

—Le diré que alguno de estos días que estarás trabajando.

Me giré para acabar de coger las cosas que faltaban para poder cenar.

—¿De verdad que quedarás con él cuando yo no pueda ni salir si pasa algo?  
—Cogió aire y se giró hacia la chimenea.

—¿Qué va a pasar? Es el momento perfecto, así no pierdo tiempo del que podamos estar juntos. —Me senté encima de él.

—¿Tú crees que yo tengo ganas de hacer algo, con todo lo que hemos hecho aquí?

—Vamos a escribirle, a ver con qué ganas va a ir.

Cogimos mi móvil para escribirle; realmente era un poco incómodo escribir a un hombre que quería cenar conmigo teniendo a una persona mirándome seria a dos centímetros de mí. *Hola, Patrick, soy Laia. ¿Te iría bien mañana por la noche a las 20:00 h en BioFarm?* Observé a Matt, que no dejaba de mirar mi móvil. Lo cogí de la cara y recorrí su mejilla con mis dedos.

—Tranquilo, que no pasará nada. Confía en mí.

Sonó el móvil, tenía un mensaje de Patrick. Le aproximé a Matt el teléfono por si quería leerlo él, pero lo apartó. Cogí el teléfono y empecé a leer en voz alta:

—*Hola, Laia. Me va perfecto, pero si quieres puedo recogerte en tu apartamento; no tengas miedo, que por ahora no como.*

Matt pegó un golpe en la mesa. Sabía que estaba inquieto, pero me venían a la mente las palabras de mi madre: estaría molesto unos días, pero lo acabaría entendiendo. Respondí:

—*No, te espero en BioFarm. Hasta mañana.*

Antes de dejar el móvil en la mesa recibí otro mensaje:

—*Como quieras; nos vemos mañana, te llevaré a un restaurante de lo más reconocido de aquí, ponte bella. xxx.*

Matt se giró molesto.

—«Ponte bella», dice. Pero este tío... —Me miraba muy furioso, no niego que eso me ponía bastante—. Solo de pensar que te puede rozar.... ¿Y qué te pondrás?

—Eso pensaba yo ahora, no tengo nada de etiqueta. Miraré en el armario de Charlotte.

Empecé a recordar que todo lo que tenía ella era demasiado ajustado.

—Pues si todo lo que tiene Charlotte en el armario es como el *trikini*, creo que no vas a ir.

—Estate tranquilo, que vaya como vaya yo controlaré la situación. Tengo boca, ¿recuerdas? No nací ayer, puedo ir de lo más provocadora posible y decir NO al mismo tiempo.

Asintió con la cabeza y se acercó a mí para darme un beso en el cuello. Sabía que no era fácil, para mí tampoco lo sería si alguna mujer lo estuviera acechando para cenar con él, pero tenía que hacerlo, por Charlotte.

Nos levantamos al día siguiente bastante temprano, Matt tenía que empezar

a trabajar ese día. Iba bastante serio porque sabía que esa misma noche tenía la cena, yo le iba dando conversación para que dejara de pensar, pasaba mi mano por su brazo, luego le acariciaba la cara y lo iba besando. Me acercó a casa y se fue al parque.

Me encontré con Kenneth en casa; estaba fatal, le vi los ojos hinchados y la nariz roja. Kenneth es un chico de media estatura, delgadito, tiene los ojos de color miel con una raya negra en medio del iris. El pelo siempre lo lleva bien arreglado, es moreno, pero con un mechón blanco (de nacimiento) en la parte del flequillo. Siempre está sonriendo, pero esa vez era diferente. Iba cabizbajo, despeinado...

—Kenni, ¿qué ocurre? —Dejé caer la bolsa al suelo y me fui hacia él para abrazarlo.

—¡Estoy fatal! Justin me pide tiempo.

—Bueno, normalmente eres tú quien lo pide. ¿Qué de malo hay en que lo necesite él?

Puse la tetera al fuego, necesitaba un té caliente para que se recompusiera.

—Pues que no he sido yo, y no es justo.

—Kenni, cariño, puedes ligar con cualquier persona que se te cruce por delante, pero creo que tienes que empezar a centrarte. —Me lo quedé mirando.

—Ya, es lo que le dije ayer a Justin, me sinceré con él y me ha escrito esta mañana, ¡me ha escrito! —me gritó muy dramáticamente—. Un mensaje para dejarme. No es capaz ni de decírmelo a la cara. Quería probar con él para saber cómo sería, pero no me ha dado la oportunidad.

Le acerqué un pañuelo.

—Tienes que pensar que esto no se planea, surge. Tienes que centrarte antes en ti, en lo que quieres y dejar que pase. Puede que hasta ahora te hayas divertido, que no lo dudo, pero ahora tienes que empezar a vivir de forma diferente, sin dejar de disfrutar, y saldrá. Saldrá ese hombre que te va a arrebatarse el corazón y haga que no te fijes en nadie más. El que con solo mirarte acelere tus pulsaciones, el que te corte la respiración solo con tocarte, el causante de que no quieras comer porque te ha llenado el estómago de mariposas.

—Joooo, primi, ¿tú crees que lo conoceré? —Me abrazó.

—Claro que sí, eso viene solo. Verás como tengo razón.

Estuvimos un buen rato los dos en el sofá mano a mano comiendo helado de vainilla con nueces de *macadamia*.

Fue pasando el día, durante el cual me estuve escribiendo con Matt. Tuvo

una mañana bastante tranquila y me recordó lo del vestido, quería saber con cuál iba a ir, pero no lo sabía ni yo. No obstante, aprovechando que Kenneth estaba en casa me puse en su búsqueda. Mi prima es una chica extrovertida, le gusta destacar en todo, ella siempre ha ido dos pasos por delante de mí. Es rubia, con el pelo rizado, pero hasta en eso destaca: sus rizos son bucles dorados, tiene los ojos color miel y la nariz respingona, y está bañada de pecas. Tiene también un cuerpo espectacular, unas curvas insinuantes que vuelven loco a más de uno, un corazón enorme, pero posee una incontinencia verbal increíble. Hay momentos en que tendría que estar callada, aunque su forma de ser no le permite.

Empecé a sacar vestidos, a cuál más provocador. Me negaba a ponerme algo así, era como si fuera gritando a los cuatro vientos «HAZME EL AMOR», lejos de lo que yo tenía pensado para esa ocasión. Recibí un mensaje, era ella.

—*¿Te estás preparando para quedar con el buenorro de mi jefe? Háblale de mí ;)*

Se me escapó una carcajada.

—*Estoy en ello, pero ¿tienes algún vestido que sea solo para dar las gracias, sin tener que insinuar nada?*

Me contestó al segundo:

—*Ja, ja, ja, ja, qué sosa eres. Tengo uno que no me pongo mucho, está en una funda arriba del todo. Si te gusta te lo quedas xxx*

Me dirigí hacia el armario y encontré la funda doblada, cómo tenía que ser para que a ella no le hiciera mucha gracia. Kenneth estaba intrigado como yo, lo saqué de la funda y comprobé que era el más adecuado, aunque pensé que a Matt no le gustaría igualmente. Era un vestido negro, ajustado, de tirantes anchos, con el cuello de barca, la espalda era descubierta hasta la curva de la lumbar, ahí se encontraba una cremallera dorada. Era perfecto; no se trataba de un vestido corto, me llegaba por encima de las rodillas. Suerte que mi prima y yo teníamos la misma talla de ropa y de calzado, de manera que le cogí unos tacones de aguja para la ocasión. Me lo probé todo para ver cómo me quedaba, Kenneth estaba dando saltos.

—Ahora te toca el peinado, y ya tengo cuál va a ser, déjame que haga una llamada. —Miedo me daba cada vez que decía eso.

Mientras tanto me fui quitando el vestido y me duché. Cuando salí del baño me encontré a Kenneth con una chica y un maletín.

—Mira, ella es Jeannette. Es una de las peluqueras de un canal de televisión

muy famoso aquí en Chicago, que hace los mejores peinados. Hoy será tu peluquera.

Me quedé mirando a Kenneth, aquel chico me sorprendía cada vez más. A cuánta gente conocía, era increíble. Nos pusimos manos a la obra, fue una pasada. Lástima que era para una cena que no iba a disfrutar mucho, sobre todo pensando que Matt estaría dándole vueltas. Jeannette era increíble, me hizo un peinado muy sencillo pero a la vez superelegante. Consistía en un moño alto, grande y redondo, tenía una trenza de la nuca hacia el moño, muy lindo. También me maquilló, con sombras negras y un difuminado dorado que hacía que mis ojos verdes se acentuaran más.

—¡Me encanta! Estás divina; Dios, si te viera Matt el que prendería fuego sería él. —Me lo decía dando palmas a la vez.

—Lo sé, eso lo que me da rabia, que esta cena tendría que ser con él.

Bajé la mirada. Kenneth me cogió de las manos y me subió la cara para que lo mirara.

—Mi niña, haz una cosa: cena con el señor Hunter y luego haces el postre con Matt.

—Ya me gustaría, pero su trabajo... —Kenneth dio una palmada e hizo que me callara.

—Nena, si Mahoma no puede ir a la montaña, la montaña tiene que ir a Mahoma.

Tenía toda la razón; pedí un taxi y me fui para BioFarm, pues ya eran casi las ocho de la tarde. En el taxi me llamó Matt, para saber cómo estaba y si ya había llegado. El pobre no me lo quería decir, pero seguro que lo estaba pasando mal. Le dije que dejaría el móvil un poco olvidado y que se tranquilizara, que cuando saliera lo llamaría o le escribiría.

Al llegar Patrick ya me estaba esperando en la puerta.

—Buenas noches, Laia, qué guapa vas.

Se acercó a mí para darme dos besos, me hizo una seña para que me dirigiera hacia un coche que estaba parado cerca de él.

—Buenas noches, señor Hunter.

—Dime Patrick, mejor Patrick.

Nos metimos en el coche. Me quedé mirando el interior y vi sentados a dos hombres delante, el conductor tenía uniforme y el copiloto iba con traje negro.

—¿Tienes chófer y escolta?

—Sí, inconvenientes de ser uno de los hombres con más empresas e inversiones del Estado, tengo que ir siempre acompañado y con chófer.

—Pero en el aeropuerto, ¿no estaban?

—No, no estaban, hubo un problema de retraso de horarios y de mala comunicación, en el momento en que nos conocimos estaba hablando con ellos y tuve que coger un taxi, quería el primero e irme. —Lo decía un poco molesto y el escolta carraspeó.

—Aunque no hay mal que por bien no venga, te conocí a ti. —Me puso la mano en la rodilla y disimuladamente se la quitó.

Se detuvo el coche.

—Ya hemos llegado —nos comunicó el escolta girándose hacia nosotros.

—Perfecto; no hace falta que nos acompañes, ya sabes dónde quiero que estés.

Salimos del coche y nos dirigimos al restaurante. Era espectacular, subimos por un ascensor desde el que se podía ir viendo la ciudad de Chicago. Cuando se abrieron las puertas nos estaba esperando el *maître*, que nos acompañó a nuestra mesa. Era una sala totalmente acristalada, de manera que se veía toda la ciudad. Se acercó el camarero y dejé a Patrick que me aconsejara.

Me quedé mirándolo mientras él me hablaba, pude comprobar que los trajes a medida le quedaban muy bien, seguía llevando esa barbita de tres días. Estuve bastante distraída en la cena, hablaba prácticamente solo él, hasta que hubo un momento en que Patrick me preguntó:

—¿Laia? ¿Estás aquí? Te noto distraída.

—Patrick, te tengo que confesar que...

—¿Que estás pensando en otro? —Se quedó observándome—. No has dejado de mirar hacia la ventana y me has dicho dos veces Matt.

Me puse roja.

—Lo siento, es un chico al que estoy conociendo. No era mi intención todo esto, creo que teníamos que haber evitado cenar juntos. La primera vez que nos vimos no estaba con nadie y me parecía interesante saber cómo me ibas a encontrar, hasta llegué a pensar que era imposible. Pero hubo una segunda vez, ahí ya había conocido a Matt. Vi a mi prima muy triste y daba la casualidad de que eras tú el causante, pensé que cenar sería la mejor forma de evitarlo.

—Ya, la señora García es bastante luchadora por lo que cree. Me sabe mal que esto no vaya a más, eres una chica muy explosiva.

—Sí, lo sé, y Charlotte también lo es.

—Pero ella tendrá ya a alguien, siempre está a la defensiva.

—Entiende que eres el que puede cortar sus alas y ella tiene que luchar por lo suyo. Pero yo le pondría el ojo. Te doy mi consejo como prima. —Le di una

palmadita en la mano.

—¿Sí? ¿Tú crees que me hará caso? —Le dije que sí con la cabeza—. Pues mira, esta cena me va a ir muy bien, tu prima me gustó desde la primera vez que pasó por la puerta de mi despacho. Ese pelo rubio, siempre con una sonrisa, huele genial. A veces, cuando decido cosas que sé que no le van a gustar, trato de salir y no tener que reunirme con ella, porque me acabaría convenciendo sin darme motivos.

Me empecé a reír. Verdaderamente lo que quedaba de velada fue bastante llevadero y disfruté muchísimo más. Nos pasamos el resto de cena hablando de Charlotte y de su carácter.

Tuve una idea y escribí a Matt:

—*Buenorro, la cena bien. ¿Tú cómo lo llevas?*

No me contestaba, eso quería decir que estaba en algún aviso. Acabamos de cenar y Patrick me iba a acercar a casa cuando recibí un mensaje de Matt:

—*Pues bien, acabamos de llegar al parque. ¿Tú ya estás sin el baboso? Por cierto, ¿cómo has ido vestida?*

Le dije a Patrick que me acercara al parque, que quería darle una sorpresa a Matt. Llegamos y le envié otro mensaje:

—*¿Quieres ver cómo voy vestida? Sal fuera.*

Levanté la mirada y vi a Matt saliendo por la puerta directo a mí.

—Pero ¿qué haces aquí? —Me abrazó y me dio un beso.

—Qué sexi vas, ¡uf! ¿Has ido así?

—Sííí, he ido así. —Apretó los dientes y se le marcó la mandíbula—. Estoy aquí, ¿no? —Le cogí las manos y se las coloqué alrededor de mi cintura.

—Refresca un poco aquí fuera, entramos mejor. Te quedas, ¿verdad?

—Sí, me quedo un rato.

Me adelanté un poco mientras íbamos hacia dentro y aproveché para explicarle todo lo ocurrido.

—La cosa es que Patrick se dio cuenta de que no estaba interesada en él, te nombré sin darme cuenta dos veces y acabamos hablando de ti y de mi prima. Vamos a ser los responsables de que tengan una cita a cuatro, es decir, ellos para que se conozcan y nosotros como pareja.

—¿Pero qué es esta cremallera de aquí atrás?

Se oyó un suspiro y abrió una puerta que había en la zona de los camiones, donde me metió. Aquello estaba lleno de uniformes colgados cada uno en su percha, con nombres bordados.

—Dios, me estás poniendo tonto, este vestido es tan ceñido que te puedo

imaginar desnuda. —Me acariciaba suavemente la cadera.

—Es lo que más se ajustaba a mi gusto del armario de Charlotte. —Me mordí el labio inferior.

—Pues te lo tienes que poner más, estás espectacular. —Me apretó y me acercó a él.

Lo empecé a besar, mis manos se volvieron locas, una le cogía del pelo y la otra lo iba acariciando desde la espalda hacia el culo. Me subió la cremallera y con ello el vestido, me llevó hasta una pared mientras yo le desabrochaba el cinturón y le bajaba los pantalones, en ese momento estábamos rodeados de uniformes y nos fusionamos en uno. Me volvían loca esas situaciones en lugares poco comunes, con aquel chico no se sabía dónde se podía desatar la pasión.

Esperamos unos minutos para recomponernos y estuvimos hablando de cómo hacer la cita a cuatro, aunque a Matt la idea de conocer a Patrick no le hacía mucha ilusión. Llamaron a la puerta:

—¡Teniente! Ha venido el padre de la niña a la que rescató en el incendio de esta mañana, quiere hablar contigo.

—Salgo ahora. Gracias, Bernard.

Se levantó y me cogió de la mano, cuando salimos vimos a un hombre con mirada rota.

—Usted es el bombero que salvó a mi hija, ¿verdad? —Se dirigió a Matt con los brazos abiertos.

—Sí, fui yo. ¿Cómo está la pequeña?

—Pues ya está estable, gracias por salvarla; mi mujer creyó que yo tenía a la pequeña y yo creí que la tenía ella. Gracias por su rapidez y valentía. —No paraba de darle la mano.

El señor se fue y nos dirigimos al comedor. Antes de entrar, Matt me comentó al oído:

—Tú ahora ni caso a lo que puedan decir, esta gente no tiene filtro.

Lo miré y sonreí. Entramos en el comedor y me sonó el teléfono. Me quedé parada, me estaba llamando Marc; ¿qué quería? Recordé que me escribió un *e-mail* y ni lo leí, le colgué, en ese momento no me apetecía hablar con él. Puse el móvil en silencio, sabía que no iba a ser la única llamada.

—Laia, qué guapa y elegante vas. —Se acercó a saludarme Marien, me miró el recogido—. Espera, que tienes un mechón suelto por aquí atrás.

—Gracias, Marien, eres un sol.

Matt se me quedó mirando desde la cocina, estaba con Campos y otro



compañero hablando de una salida que querían hacer para ir a ver a un equipo de béisbol. Su mirada me hablaba por sí sola y no quería preocuparlo, le sonreí.

Estuve hablando un poco con Marien, ya que el tema de Marc me tenía un poco agotada y sabía que con Charlotte no lo podía hacer, pues era parcial. Para hablar más íntimamente me llevó a los vestuarios, donde se encontraban las taquillas y las duchas de todo el cuerpo. Fue muy sutil al llevarme allí, porque Matt no me dejaba ni a sol ni sombra.

—¿Qué pasa, bella?

Le mostré el móvil y vio que en menos de diez minutos me había llamado cuarenta veces la misma persona, un tal Marc.

—Esto es lo que me ocurre; él es mi ex, fue el que decidió acabar con nuestra relación mucho antes de que yo lo supiera. Lo pillé con mi mejor amiga y me fui. Ahora no sé a qué juega. —Tomé aire y Marien me cogió de la mano—. Decidí irme y cortar con todo, cambiar y encontrarme a mí misma, ya que estaba sumergida en una vida que no era mía. Ahora que estoy encontrándome, ¡aparece otra vez!

—Laia, estas cosas pasan, no valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos. ¿Has hablado con él después de todo lo ocurrido?

—No; me ha llamado, pero se puso Matt. Y luego en las redes sociales ha hecho esos tipos de comentarios de alma en pena y dolida, como si yo fuera la culpable de su dolor, así que publiqué una foto con Matt. He recibido un *e-mail*, pero ni lo he llegado a leer...

—Te estás dando cuenta de que si quieres seguir con tu vida tienes que cerrar esa puerta, y no lo estás haciendo. —Las palabras de Marien me hicieron pensar muchísimo. Tenía toda la razón, debía leer su *e-mail* y hablar con él.

De improviso apareció Matt por la puerta. Me levanté, le enseñé el móvil y le dije:

—Tenemos que hablar.

## Cerrando la puerta de Marc

A Matt no le hicieron mucha gracia todas las llamadas y el *e-mail* que escribió Marc, ya que este me reprochaba que estuviera con otro chico, que no había ni dejado pasar un tiempo. Que no sabía el daño que le estaba haciendo, acompañado de malas palabras. Le comenté a Matt todo lo hablado con Marien y lo que iba a hacer. Y para rematar sonó la alarma indicando que se tenía que ir a un aviso, me pidió que esperara a que regresara. Pero Marc se adelantó a su llegada y volvió a llamar.

—Hola, Marc. Dime... —Se le oía respirar muy fuerte.

—Ya era hora de que me cogieras el teléfono. ¿Qué pasa, estabas muy ocupada?

—No, no tenía ganas de hablar contigo. ¿Qué quieres? —le dije, cortante.

—Laia, mi amor, te necesito, fue todo un error. Cuando vi que saliste corriendo y no te volví a ver me di cuenta de que te había perdido, y no quiero, te quiero a ti.

—Marc, llevábamos mucho tiempo mal y la verdad es que lo acepté, pero ahora me doy cuenta de que yo tampoco estaba a gusto con esa vida. No éramos felices, hubo un día que se rompió, pero no lo quisimos ver.

—¡No! Eso no es verdad, yo te quiero a ti.

—Si no fuera verdad no te habrías fijado en otra, no te habrías visto con ella estando conmigo. Marc, te quise como si fueras lo único que había en el mundo, pero ahora soy consciente de que no estaba enamorada de ti.

—De él sí, ¿no?

Empezó a hablar muy bajo, no entendía lo que decía, pero me imaginaba que no era bueno.

—Me sabe mal, Marc. No venía a buscar nada de eso, venía a encontrarme a mí misma, pero él se cruzó en mi camino. He descubierto cosas que no había sentido antes.

—Eso se siente al principio, Laia.

—No, con él es distinto: con solo tenerlo cerca se me acelera el corazón tanto que parece que se me vaya a salir por la boca, nada más verlo se me crea un nudo en el estómago y cuando me toca se eriza la piel de todo mi cuerpo. Esto..., esto no lo había sentido por nadie.

—¡Joder, Laia! —Rompió a llorar.

—Lo siento, no te vale con eso para volver. Marc...

—No, Marc no, tenemos que vernos, estas cosas no se pueden dejar así. ¿Estás en casa de tu prima? —Se le notaba nervioso y molesto.

—Da lo mismo dónde estoy.

—Laia, estoy en Chicago y quiero verte. —Me colgó.

Me giré enfadada y di un pisotón al suelo; siempre se había hecho lo que él quería, pero esta vez no iba a ser así.

Al rato llegaron todos al parque. Matt, tal y como bajaba del camión, se dirigió a mí preocupado, vio que no tenía buena cara.

—Me tengo que ir, Matt, me voy a casa a descansar. —Me cogió por los brazos.

—¿Qué ocurre, Laia?

—Ha vuelto a llamar y le he cogido el teléfono. —Matt puso los ojos en blanco—. Creo que no ha sido buena idea. Está en Chicago, Matt, y no se va hasta que no me vea.

Matt se giró y dio un puñetazo a la puerta del camión. Me quedé parada, todos se giraron hacia nosotros.

—¿Todo bien, teniente? —preguntó Campos un poco preocupado. Matt dijo que sí con la cabeza y les indicaba con la mano que se dirigieran hacia dentro.

—Matt, no es algo que esté buscando yo; hacía tiempo que él quería hablar y no le he contestado, es normal...

—Es normal, ¿qué? ¿Que venga a Chicago a buscarte, siendo él quien te dejó escapar? Tú no eres responsable de nada. —Me miraba con cara de preocupación, vi sus ojos tristes, noté cómo se clavaban dentro de mí.

—Lo sé, Matt, y se lo he dicho. Estaba muy nervioso, pero sé que tengo que verlo y acabar de cerrar esta puerta. De lo contrario no podré seguir, porque acabará volviendo. —Lo abracé por la cintura y lo acerqué a mí.

Matt estaba dolido, evitaba mi mirada. Le cogí el mentón y se lo giré hacia mí.

—Matt, no voy a volver con él. —Se me quedó mirando y su expresión empezó a relajarse—. Quiero estar contigo, ahora y siempre.

Nos besamos, la verdad es que esas reconciliaciones me encantaban. Me separé y me limpió la mejilla porque me había manchado un poco de negro.

—Necesito pedirte un favor.

—El que quieras.

—Él sabe dónde vive mi prima, ha venido varias veces conmigo y no

quiero tener ninguna sorpresa...

—Vente a mi casa —dijo sin dejarme acabar la frase.

—Gracias, Matt. Te debo una.

—Sí, me la debes, y una muy grande. Imagínate que me tendrás que esperar con esa ropa interior tan sexi que tienes y hacerme el amor durante tres días. —Puso su cara de pícaro, presionó sus labios entre sí y se me quedó mirando. Se me escapó una carcajada.

—Pues mañana voy para tu casa. —Me dijo que no con la cabeza.

—Coge mis llaves y vete ahora para allá. Aprovecha y relájate, que solo te quedan un poco más de veinticuatro horas para que esté yo por allí, porque luego no hay escapatoria. —Me dio un beso tan intenso que me quedé clavada al suelo.

Llegué a casa de Matt y me quedé frita en el sofá viendo una serie de bomberos. Me hizo reflexionar sobre el peligro al que se someten diariamente para poder salvar a personas, animales... Me dolían un poco las cervicales y decidí ducharme.

Recibí un mensaje y dudé si mirar el móvil, porque no sabía si iba a ser de Marc. Era de mi prima, estaba preocupada porque no sabía nada desde antes de la cena con Patrick. La llamé.

—¡Charlotte! Que todo ha ido mejor de lo que pensaba.

—Laia... —dijo mi nombre muy seria, noté que algo pasaba.

—No te enfades, sé que te tenía que haber avisado antes.

Me cortó.

—No, no es eso, esta noche ha estado el INNOMBRABLE en casa, ha empezado a gritar tu nombre abajo, en la calle. He bajado para decirle que no estabas aquí, pero estaba muy nervioso, andaba de un lado para otro... No sé, no lo había visto así nunca. Estaba muy desmejorado, tenía ojeras de no haber dormido, no vestía como siempre y hasta creo que olía un poco a sudor.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Charlotte? —le pregunté un poco asustada.

—Sí, sabes que con esto no juego. No me ha gustado nada su actitud; no voy a negar que él no me agrada especialmente, pero estaba raro, no era el mismo imbécil de siempre.

—Me ha llamado hoy muchísimas veces y al final le he cogido el teléfono; me ha recriminando cosas, como que esté con Matt, y me ha dicho que tenía que perdonarlo y volver con él.

—¡Encima! Como si fuera culpa tuya que se haya acostado con otra. Será el

tío gil... —Charlotte empezó a subir el tono.

—Ya, lo sé. Me dijo que estaba aquí en Chicago y me colgó, suerte que en ese momento estaba con Matt y decidí venir a su casa unos días, ya que Marc sabe dónde vives y aquí no puede venir a buscarme. Tengo que pensar cómo hacerlo y quedar ya con él, para dejar todo solucionado.

—Primi, yo no estoy segura de que tengas que verlo. —Suspiró—. Como lo he visto hoy, te diría que te acompañe alguien, ¿quieres que vayamos juntas?

Respiré hondo porque la situación me empezó asustar y a estresar.

—Charlotte, te lo agradezco, pero creo que eres la última persona a la que querrá ver. No os tragáis, ¿recuerdas?

—Ya, tienes razón, puede ser que lo ponga más nervioso. Pues ve con Matt, aunque él esté en otra mesa. Y si quedas con él a solas tiene que ser en algún lugar público.

—¿Con Matt? No creo que sea buena idea. Tranquila, conozco a Marc; tiene carácter, pero yo tengo las cosas bien claras y si hace falta quedaremos en una cafetería para que todos estemos tranquilos.

—Vale, está bien. Pero me has de tener informada. —Parecía que se iba a despedir, aunque continuó—: Por cierto, ¿cómo ha ido la cena? ¿No la habrás cagado y cuando llegue a la oficina tendré una carta de despido en mi mesa?

—Bueno, de despido no la tendrás. —Me reí—. Pero alguna nota para invitarte a cenar puede ser.

—¿Qué? ¿Cómo que cenar? ¿Qué has hecho?

—Charlotte, estoy agotada. Te lo tengo que explicar todo, ahora solo te voy a adelantar que a tu jefe le gustas. —Le colgué.

Sonreí porque sabía que esas cosas le daban rabia a mi prima, pero así pude romper el hielo y despejarla del asunto de Marc. No entendía qué le pasaba, y ciertamente lo noté nervioso en la llamada; eso, unido a lo que me había dicho Charlotte respecto a cómo lo vio físicamente y a que no iba bien vestido, me preocupaba, ya que él no desayunaba hasta no estar totalmente arreglado, no salía de casa sin colonia ni gomina. Estuve dándole vueltas al asunto; no quería preocupar a nadie, tenía que pensar la forma de quedar con él para poder cerrar esa dichosa puerta.

Matt me escribía cada diez minutos, y eso que no sabía que Marc había ido al apartamento de Charlotte a buscarme. Me coloqué una camiseta de Matt, ya que el vestido era un poco incómodo para estar por casa. Recibí un mensaje de Charlotte, no estaba tranquila y se cogió el día libre para estar conmigo. Tenía que preocuparle bastante la situación de Marc, porque ella trabajaba los

siete días de la semana. Le pedí que me llevara un poco de ropa, ya que iba a estar unos días fuera, hasta que se solucionara todo.

A las dos horas llamaron a la puerta.

—¡Ya estoy aquí! Te he traído trapos de los tuyos. Nena, qué bonito el apartamento del Bomberito, ¿no? —decía mientras se paseaba por todo el apartamento.

—Sí, bueno... Tampoco me he fijado mucho, la verdad. Me tiene loca y entretenida. —Le tiré la camiseta de Matt.

—Quién te ha visto y quién te ve, Laia, me encanta que estés así. Bueno, explícame lo de la cena con el señor Hunter.

—Dirás Patrick, se llama Patrick. Y le vuelve loco una científica de ahí, de BioFarm, de la cual no creía que fuera una viciosa y le pudieran gustar chicos que no fueran químicos. Así no me lo dijo exactamente, me dijo: «chicos de su gremio».

Me giré para mirar a Charlotte. Tenía los ojos como platos y las mejillas sonrojadas.

—¿Cómo, cómo? —Charlotte no podía hablar.

—La cena fue muy interesante, pero el postre más. —Recordé cómo lo hice con Matt entre los uniformes y empecé a hiperventilar—. Hay que mirar día para poder ir a cenar los cuatro.

—¿Los cuatro?

—Sí, Charlotte, hija, los cuatro: tú, Patrick, Matt y yo. ¿Qué te pasa?

—No me lo puedo creer; pero si apenas me dirige la palabra y es tan tajante con las decisiones que ni se queda para debatirlas, se va.

—Hay cosas que tendréis que hablar entre vosotros, pero hablar quiere decir dejar fluir las palabras, no quedarte así. Cierra la boca, Charlotte.

—¡Dios, Dios! —Empezó a saltar y a dar vueltas por todo el apartamento—. ¿Te he dicho que te quiero? ¡Te quiero!

Mi prima estaba como loca; yo me cambié de ropa y salimos a comer para celebrarlo. Hacía mucho tiempo que no pasaba tiempo con Charlotte, hablando de nosotras, riéndonos. Fue una tarde muy divertida y entretenida, fuimos a pasear, nos hicimos las uñas, un masaje. Cuando empezó a oscurecer volvimos al apartamento de Matt, pedimos para cenar comida tailandesa, vimos una película y Charlotte se fue para su casa, ya que al día siguiente madrugaba.

Me estuve escribiendo con Matt hasta quedarme dormida. Sonó la alarma y la paré, faltaban cuarenta y cinco minutos para que Matt acabara su turno. Me preparé y salí a buscar el desayuno, no quería que descubriera la sorpresa y

dejé el móvil en el apartamento. Hacía fresco y me dirigí a la cafetería favorita de Matt, donde hacían esos *muffins red velvet* con virutas de chocolate. También pedí dos capuchinos para llevar. Volví corriendo al apartamento para llegar antes que Matt, del frío que hacía me costaba girar la llave. De repente noté que había alguien detrás de mí; creía que era Matt, que me quería asustar.

—¿Laia?

Esa voz me era familiar. Me giré y encontré a un chico con una sudadera de dos tallas más y con la capucha puesta.

—¿Qué quieres? No llevo dinero encima. —Alcé las manos.

—Laia, que soy yo, Marc. —Se quitó la capucha.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo...?

—¿Como sé dónde estás? Sabía que tu prima tarde o temprano vendría a verte. Os he seguido todo el día y he esperado toda la noche delante de tu ventana.

—Marc, ahora no es el momento. Te llamo y quedamos otro día, para hablar tranquilamente.

—Ahora no es momento, ¿por qué? Tiene que venir el chico ese. —Me cogió por los brazos con fuerza.

—Suéltame, me haces daño. —Intentaba mover el brazo para que me soltara y se me cayó un capuchino—. Marc, ¡suéltame!

—¡No! Laia, te estás equivocando; tú tienes que ser mía. Lo que hice estaba mal, pero no volverá a pasar. Ese chico te dejará, ¿no lo ves? —Me apretó más fuerte y me empujó contra la puerta, se iba acercando más a mí.

—¡No!

Grité con todas mis fuerzas, le pegué un rodillazo, me soltó de golpe e intenté abrir la puerta. Entré y puso el pie para que no se cerrara.

—Marc, estás muy nervioso y no se puede hablar así. No quiero volver, me da lo mismo si duro o no duro, pero me quiero equivocar yo, quiero vivir mi vida y es sin ti.

Marc dio un empujón y entró en el apartamento. Me caí para atrás y se abalanzó sobre mí.

—Laia, no te puedo perder. Te echo de menos, quiero olerte, abrazarte, besarte. —Volvía a acercarse a mí.

—Para, Marc. Por favor, para. —Se lo rogaba mientras intentaba quitármelo de encima.

Y sin darme cuenta Marc fue investido:

—¡Yo te mato!

Algo se abalanzó sobre Marc. Me di cuenta de que era Matt, estaba fuera de sí. Me levanté y fui corriendo hacia él.

—No, Matt, no. Para, ya está bien —le decía mientras intentaba cogerlo del brazo.

Matt se quedó mirando a Marc (que tenía toda la cara sangrando) y se giró hacia mí.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? —me preguntaba a la vez que me miraba y me tocaba por todos los lados.

—Sí, estoy bien, pero estoy asustada. Llama a emergencias, por favor.

Me senté en el suelo, me costaba respirar.

Se llevaron a Marc al hospital. La policía me preguntó si quería denunciar, pero Marc no era así, necesitaba ayuda y no quise denunciarlo.

Matt no estaba muy de acuerdo con lo que decidí, pero no me presionó, solo quería que yo estuviera bien. Nos fuimos al apartamento y me preparé una tila. Me temblaba todo, tenía una presión en el pecho que hacía que me costara respirar. Matt se acercó a mí, me cogió por las manos y me abrazó. Llevé mis manos a su espalda y me presioné contra su pecho, estallé y empecé a llorar. Matt me acariciaba suavemente la cabeza.

Pasé el día tumbada en la cama y Matt conmigo. Recibí un mensaje de Marc, no sabía si leerlo:

—*Laia, acabo de salir del Hospital. Estoy bien, me vuelvo a España. Te pido perdón por lo sucedido, sé feliz.*

Me quedé mirando el móvil, no sabía si contestarle. Miré a Matt, me sonrió y con su dedo apartó un mechón de mi cara. Respiré hondo y pude oler su piel. Me abalancé hacia él y le di un beso.

—No puedo dejar pasar el tiempo, lo único que sé es que lo quiero pasar contigo —le confesé.

Nos abrazamos. Cogí el teléfono y escribí a Marc:

—*Me alegro de que estés mejor. No te quiero volver a ver, esta puerta se cierra.*

Después de mandarle ese mensaje sentí como si me hubiera quitado un peso de encima.

Matt planeó una tarde en casa, pero le pedí que saliéramos para poderme despejar. Nos fuimos a ver un partido de béisbol con varios compañeros suyos, qué divertido era, y para rematar la tarde nos tocó besarnos a Matt y a mí ante la cámara del campo. Salimos del partido y nos dirigimos a un bar que



frecuentaban bastantes bomberos.

—Nos tomamos algo y nos vamos para casa, ¿tú estás bien?

—Sí, tranquilo, estoy bien. —Lo cogí por la cintura.

Dentro del bar estaba todo el equipo. Marien se acercó para darme un abrazo, aquella chica era muy cariñosa. Estuvimos hablando y poco a poco me fui encontrando mejor, de cuando en cuando miraba a Matt de reojo y nos sonreíamos. No sabía si era el alcohol o que llevaba unas copas de más, pero cada vez que miraba a Matt, con esos labios tan carnosos, ese pelo a medio arreglar, con sus tejanos negros ajustados y una camiseta negra ceñida que no dejaba espacio a la imaginación, tenía más ganas de desnudarlo. Por eso en el momento que vi que lo dejaron solo me acerqué a él —lo aceché, mejor dicho —, lo empecé a besar por el cuello, lo levanté y traté de llevarlo al baño, pero él cambió la ruta y me condujo a la trastienda. Era pequeña y estaba llena de vasos y bebidas. Me apoyó encima de la mesa y me quitó la camiseta, nos empezamos a besar apasionadamente, sus labios me fueron rozando todo el cuello hasta llegar a mis pechos, le quitó la camiseta y con mis manos fui arañando su espalda suavemente. Le bajé los pantalones mientras él me fue rozando con sus manos y me quitó los míos, me tumbó y nos amamos locamente.

No lo hubiera imaginado nunca: hacerlo en la trastienda de un bar lleno de bomberos... Cogimos las cosas y nos escapamos por la puerta de atrás. A punto de llegar a casa de Matt, se paró en la cafetería, entró y salió con una caja y dos capuchinos.

—Vamos a acabar lo que querías empezar.

## La cena a cuatro

Me levanté con un poco de dolor de cabeza, me costaba abrir los ojos. Hacía mucho tiempo que no me despertaba así.

—Por fin, bella durmiente, ya era hora. —Matt estaba preparando el desayuno.

Me acerqué a él por la espalda, lo abracé y le besé el hombro.

—No sé si tomarme el desayuno o comerte a ti.

Lo miré, estaba en *slip*. Acaricié su abdomen con mis dedos.

—Si tú estás cómodo así, yo... —Cogí la camiseta que llevaba puesta (era suya, por cierto) y me la quité.

Se quedó parado y empezó a correr detrás de mí, me persiguió por todo el apartamento hasta que me cogió y me tumbó en el sofá. Nos empezamos a besar y sonó mi teléfono.

—No lo cojas. —Paró de sonar, pero volvió otra vez—. Espera a ver quién es.

Miré la pantalla y era una videollamada de mi padre. Corrí a ponerme la camiseta y me hice una coleta.

—¡Hola, papá!

—¡Hija! ¿Estás bien?

—Sí.

Por un momento pensé que sabía lo que había pasado con Marc.

—Es que tienes una cara... No te pases con la bebida. —Cogí aire aliviada—. La empresa de Canadá necesita quedar ya, y era para saber cómo lo tenías tú para poder ir.

Matt estaba quieto en la cocina, ya que no podía moverse para que mi padre no lo viera, porque no iba a presentárselo en calzoncillos, le daría algo.

—Sí, hablé con ellos hace unos días. Miro vuelos y voy para allá, pásame cuando puedas las referencias y lo que necesitan para estudiármelo, así les haré una pequeña presentación. —Mi padre asentía con la cabeza—. Cuando tenga día y hotel te lo comunico.

—¿Vas a ir acompañada?

Abrí los ojos como platos.

—¿Cómo que acompañada? ¿A qué te refieres?

—Pues tu madre me ha hablado de un chico al que has conocido. Me gustaría verlo, ya que voy para allá.

Si mi padre supiera que estaba en la misma habitación que yo, sin ropa...

—No, no creo que pueda ir, papá, tiene horarios muy raros. Pero igualmente quedamos en que ya me acercaba yo a Canadá, no hace falta que te hagas tantas horas de vuelo pudiendo ir yo.

—Bueno, como tú quieras, pero me vas informando. Cuídate. Por cierto, ¿está Charlotte por ahí? —Moví la cabeza de un lado para otro y le dije que no.

Colgué el teléfono, Matt estaba sentado en un taburete de la isla. Le puse un gesto de interrogación.

—¿Le has hablado a tu madre de Matt el Buenorro? —Le dije que sí con la cabeza—. El tema de Canadá es interesante, todo se puede mirar, me deben horas en el trabajo y me podría coger unos días, así te acompaño.

Nos fuimos a ver a mi prima, le tenía que explicar lo ocurrido. No sabía por dónde empezar y Matt venía a hacer de apoyo espiritual, iba a conocer a mi prima y su parte diabólica. Nos esperaba en la puerta muy sonriente; cuando nos fuimos acercando salió Kenneth y se unió a la reunión familiar. Kenni se abrazó a Matt para saludarlo, me empecé a reír por la cara que se le quedó a Matt, no se lo podía creer. Charlotte lo cogió y pudo despegarlo del cuerpo de Matt.

—Ya conozco personalmente a Matt el Buenorro, mmmmmm. Laia, sí que tiene los brazos fuertes... —Me lo decía mientras acariciaba sus brazos, esta Charlotte no había conocido la vergüenza.

—Sí, y yo por fin voy a conocer a la prima. Encantado. —Se acercó para darle dos besos.

—La encantada soy yo. —Y se le escapó una carcajada.

Fuimos al restaurante de siempre, cuando la camarera se acercó a la mesa solo tenía ojos para Matt. Kenni, Charlotte y yo nos miramos y empezamos a reírnos, aquella chica nunca había tenido tanta simpatía con nosotros. Habíamos pasado una buena velada, y con los postres por delante les expliqué a Kenneth y Charlotte lo ocurrido con Marc, también les conté que ya estaba de vuelta a casa. Mi prima se molestó por no habérselo contado antes y me abrazó, Kenneth me cogió de la mano y su cara lo decía todo.

—Tuve suerte de que Matt llegara, porque me había dejado el móvil en el apartamento y no podía hacer nada. Tuve mucho miedo, nunca lo había visto así. Yo quería entrar y cerrar la puerta para que él se marchara y se calmara,

aunque no fue así.

—Pero ya se ha acabado, ¿no? A él le ha quedado claro, ¿verdad? Es un cab... —Charlotte apretó los labios y cerró las manos, se notaba que estaba enfadada.

Matt me iba pasando la mano por la espalda formando círculos. Kenneth, como tiene su don, se sobresaltó:

—¡Ay, chicas (y chico)!, que tengo una noticia que daros.

—Y yo otra —intervino Charlotte—, pero empieza tú.

Aquello se estaba poniendo interesante, ¿qué tenían que contar esos dos?

—Pues empiezo yo —dijo Kenneth—: el otro día fui a dar una vuelta, reflexioné muchísimo con nuestra conversación, Laia. Estaba paseando por el parque para que me diera un poco el aire y para poner mi vida en orden cuando vi el carrito de los helados. Me acerqué y vi al chico que lo llevaba. Empezamos a hablar y le di mi teléfono, pero esta vez lo he hecho de forma diferente, le dije que era para desayunar. Quiero conocer a las personas sin cosas turbias detrás. —Se le puso una carita muy tierna.

—¿Y tú? —me dirigí a Charlotte.

—Pues mi jefe (con permiso, Matt, mi jefe el buenorro) me ha ido a ver al laboratorio y me ha llevado el café. Pero ahí no queda todo, en el vaso me ha escrito: *Hoy estás preciosa*. Y seguidamente me he derretido.

Charlotte estaba que se salía, brillaba con luz propia, se le llenaba la boca explicando lo sucedido. Me alegraba mucho por ella.

—Entonces no hará falta la cena para cuatro, ¿no? —preguntó Matt en voz alta.

Nos lo quedamos mirando y Charlotte le dio una palmadita en la mano:

—Tranquilo, bombero, que Patrick no va a acechar más a Laia, por lo menos ahora que Charlotte está en acción. —Le guiñó un ojo.

Matt sonrió y a la vez suspiró, no las tenía mucho con él. Acabamos de comer y Kenneth fue quien nos invitó esa vez, estaba feliz, porque siempre era el último en sacar la cartera, aquello prometía.

Nos fuimos andando hacia el apartamento de Matt y estuve cerrando la reunión con la empresa de Canadá. Al final cogí billetes para Matt y para mí, iba a ser otro viaje juntos. Era interesante, porque la central de esa compañía estaba en una zona poco urbanizada, en plena naturaleza. Era lo bonito de la empresa de mi padre, te hacía conocer lugares espectaculares.

Matt se fue al parque para pedir esos días libres mientras yo aprovechaba para poner al día mi trabajo, ya que lo tenía bastante olvidado. Demasiadas

emociones durante mi estancia en Chicago.

Fueron pasando los días. Se estaba muy bien en casa de Matt, pero no quería invadir su espacio, pese a que él en ningún momento me dijo nada al respecto. Recibí un mensaje de Patrick; no entendía muy bien por qué me escribía a mí y no a Charlotte, habiendo estado los días previos sin parar de hacerlo. Me decía la hora y el lugar de la cena. A Matt no le hizo mucha gracia que me lo dijera a mí, todavía dudaría de las intenciones de Patrick.

Empecé a hacer la maleta con las pocas cosas que tenía por casa de Matt. Iba al baño a buscar mi cepillo de dientes cuando Matt volvía de correr. Se dirigió a mí, me abrazó por detrás a la vez que me besaba el cuello y puso sus manos por dentro de mi camiseta. Vio que estaba recogiendo mis cosas de aseo.

—¿Dónde vas? —Se quedó mirándome fijamente.

—Matt, es hora de irme. Ya ha pasado todo y, aunque estoy muy a gusto aquí contigo, tienes que tener tu espacio y tu tiempo.

Se separó de mí, sabía que estaba molesto porque apretó los dientes y se le marcaba la mandíbula.

—No lo entiendo.

—No sé, la decisión de venir aquí fue por lo de Marc, de lo contrario no hubiera llegado a pasar. Me estás conociendo y...

—¿Y qué? Ha pasado y ya está. Son cosas que nos van a ir sucediendo y las iremos enfrentando de la mejor manera posible. Por mí no lo hagas, quiero que te quedes.

Se acercó a mí, tanto que podía verle los poros de la piel. Fue aproximando sus labios a los míos, Matt seguía excitándose tanto como en el primer momento. Era un sentimiento tan intenso que hacía que las mariposas de mi barriga volaran por todo mi cuerpo, era el responsable de cortarme la respiración.

—Juegas sucio, Matt. Sabes que así no te voy a decir que no.

Llegó el día de la cena. Íbamos a ir a un restaurante exclusivo que tenía lista de espera para un año, pero los contactos de Patrick nos consiguieron mesa para esa noche. Llamé a Charlotte para saber cómo le iba, hacía días que no sabía de ella. Desde que se escribía con su jefe estaba despegada, pero la entendía, yo con Matt hice lo mismo.

—Laia, no sé qué me voy a poner..., no tengo vestido para esta ocasión —

me decía estresada.

—Charlotte, frena. Es una cena, tienes muchos vestidos en tu armario, con cualquiera estás perfecta.

—¿Tú crees? Quiero ir impresionante.

—Créeme, vayas como vayas estarás impresionante. Tranquila, que todo irá bien.

Se tranquilizó un poco, pero a la media hora me fue pasando imágenes preguntándome cuál le quedaba mejor. Se quedó con el rojo. Yo estaba entre dos vestidos y Matt me eligió lencería. Era muy divertido vivir con una persona con la que estaba bien, podíamos compartir muchas cosas juntos. Cogí un pañuelo y le vendé los ojos, lo senté en una silla y me puse encima de él, cogí espuma de afeitar y se la fui aplicando por su barbita. Esta guapísimo con esa barba, pero mi piel ya no podía más; a él le hacía cosquillas, me agarraba fuerte de las piernas.

—Estas cosas son las que me gustan de ti, haces que cada día sea diferente.

Intentaba darme un beso, pero como no me veía por el antifaz lo daba al aire. Acabé de afeitarlo y le quité la venda. Esta vez yo me acerqué a él, le di un beso apasionado. Me separé y me fui quitando la ropa, se levantó y empezó a quitarse la suya.

—Matt, me voy a vestir, no vamos a hacer nada.

—Nooo, no me puedes dejar así.

—Sí; vístete, que llegamos tarde.

—Cada vez me gusta menos la cena de cuatro.

Estábamos saliendo por la puerta y me acarició la espalda.

—¿Vas sin sujetador?

Me giré y le sonreí, se mordió el labio y me cogió de la mano.

—Me vas a matar.

Cuando llegamos a casa de Charlotte ella ya nos esperaba abajo. Estaba espectacular, con un recogido alto y algún mechón suelto, ese vestido rojo era impresionante. Le quedaba de maravilla. Estaba muy nerviosa, pasaba su *clutch* de mano en mano, le di un beso en la mejilla.

Un coche se paró delante de nosotros. Era Patrick, esta vez no iba acompañado. Nos subimos y Charlotte lo saludó con la mano; Matt y yo nos miramos extrañados y nos empezamos a reír. Patrick miraba de vez en cuando por el retrovisor. Al principio no le hice mucho caso, pero durante el trayecto, como lo repitió varias veces, me empezó a incomodar y dejé de mirarlo.

Llegamos al restaurante, donde salió un aparcacoches y se llevó el coche al

aparcamiento. Cuando entramos vimos que el sitio era espectacular; miraras donde miraras había lámparas, era de un estilo bastante romántico. Las paredes eran blancas con dibujos dorados y tonos tierra. El lugar era espacioso y las mesas estaban separadas unas de las otras, lo cual daba mucha intimidad. Nos sentamos y empezamos a mirar la carta, me levanté para ir un momento al baño. Nada más salir me encontré a Patrick, por su postura me estaba esperando.

—Patrick, ¿qué pasa?

—Laia, ¿y si no soy el hombre que espera tu prima?

—¿El señor Hunter no está seguro de sí mismo? No me lo puedo creer..., deja que fluya la situación por sí sola. Sé tú mismo, te aseguro que lo tienes todo ganado, ¡de verdad!

Respiró hondo y nos dirigimos al salón. Qué situación más rara, ¿cómo dos personas tan seguras de sí mismas, que decían las cosas con tanta seguridad, podían estar así en una cita? Nos fuimos acercando a la mesa y vi a Matt un poco tenso, me senté y le pasé la mano por la pierna. No me la cogió. Estuve toda la cena mirándolo para ver si me devolvía la mirada, pero no lo hacía. Yo no podía seguir allí, no sabía qué había pasado para que Matt estuviera así. Le escribí un mensaje, pero cuando miró el móvil y vio que era yo le dio la vuelta. El pecho me dolía cada vez más, era como si tuviera una presión que no dejaba que mis pulmones se hincharan, necesitaba irme. Pero miraba a Charlotte y Patrick, estaban en su salsa, los veía disfrutando y no quería fastidiarles el momento. Me levanté de la mesa y les comenté que me encontraba mal y que me iba a ir para casa, Matt se levantó detrás de mí. Ya fuera paré un taxi y Matt hizo que el taxi siguiera; seguí caminando, sin destino, porque no sabía dónde estaba.

—Laia, para. —Me cogió por el brazo—. Para, por favor.

Me paré, pero no lo podía mirar. No entendía por qué me había hecho eso en la cena.

—Me quiero ir a casa. No me encuentro bien.

—Laia, espera, por favor.

—¿Qué he hecho, Matt, joder? No entiendo nada, ha sido venir del baño y estabas ahí serio.

—Lo sé, es que he visto cómo te miraba Patrick en el coche por el retrovisor y luego os he visto venir del baño juntos, riendo los dos... Me he vuelto loco, mi mente me iba a mil.

—Tienes que empezar a tranquilizarte, no me voy a ir con el primero que

pase. Patrick estaba nervioso, como mi prima, ¿no te has dado cuenta? Me ha esperado en el baño para decirme cómo lo iba hacer, solamente le he dado un consejo, nada más.

—He sido un completo idiota. Pensar que te puede tocar otro hombre que no sea yo..., lo siento.

—No quiero que vuelva a pasar, Matt. Me has hecho daño con tu actitud y no voy a tolerar más tonterías.

Yendo de camino a casa reflexioné. Me gustaba la nueva Laia, tenía claras las cosas que no iba a volver a vivir. Matt se pasó la noche despierto, comentó que no podía dormir. Desayunamos y nos fuimos al aeropuerto, teníamos un vuelo hacia Canadá. Realmente era un poco incómoda la situación de estar juntos, pero sin hablarnos, y no quería pasar tres días así.

—Matt...

—Laia, lo siento. Ya te dije que era la primera vez que estaba así por una mujer. Sé que no tengo excusa, pero estoy aprendiendo a convivir con mis sentimientos. Nunca he estado celoso por nadie, la rabia que tenía ayer era incontrolable, la tenía dentro de mí dando golpes.

—Lo vamos a controlar juntos, pero dímelo, no te lo guardes, no dejes que tu mente vaya más lejos de lo que sabes. —Le tomé la mano y el avión despegó.

Llegamos al aeropuerto y cogimos un coche de alquiler, fuimos al hotel. El camino estuvo muy entretenido, los paisajes de Canadá eran increíbles, qué zonas más verdes, verdes profundos acompañados de niebla. Suerte que fuimos acabando la primavera, la temperatura era tolerable.

Después de tres horas y media de trayecto llegamos al hotel. Dejamos el coche en el aparcamiento y nos fuimos para el *hall*. No podía ser, mi padre estaba apoyado en el mostrador de la recepción. Me fui hacia él corriendo y lo abracé, su olor era inconfundible. Lo apreté fuerte, cuánto lo había echado de menos. Me giré para presentarle a Matt, pero vi que no estaba; ¿dónde se había metido?

—¿Y mamá? ¿Ha venido también?

Mi padre me dijo que sí con la cabeza, levanté la mirada y vi que mi madre venía andando hacia nosotros con los brazos abiertos.

Fui corriendo a su encuentro y me tiré encima de ella. Me dio la sensación de que estaba más delgada. Me separé para mirarla y la volví a abrazar.

Mis padres eran lo más importante para mí y aquel era el mejor momento



para que conocieran a Matt, aunque no sabía dónde estaba en ese momento. Me giré hacia el vestíbulo para buscarlo, donde comprobé que estaba apoyado en un sofá mirando una revista. Sabía que estaba muriéndose de la vergüenza, pero siendo un bombero habría vivido cosas peores que aquella.

## Canadá

Nos dirigimos a la habitación y cuando entramos cerré la puerta. Matt se sentó sobre la cama, me puse detrás de él para masajearlo un poco. Estaba muy tenso y callado. Sabía que la situación necesitaba una sesión de caricias y besos, así que empecé a tocarle el cuello y fui bajando mis manos hacia los hombros. Lentamente las pasé por debajo de su camiseta, fui acariciando su suave piel. Empecé a besarlo por la mejilla y seguí por la oreja; dejé escapar un poco de aire y su piel se erizó. Le mordí un poco el lóbulo y de repente me cogió y me tiró hacia delante de sus brazos.

—¿Tú esto ya lo sabías? —Le dije que no con la cabeza, sonriendo—. Esto es peor que entrar en un edificio en llamas. Tu padre me miraba seriamente, me impresiona.

—Eso es al principio, te va a analizar de arriba abajo, pero estate siempre cerca de mi madre, que es la que va a lidiar con todo.

—Es lo normal, estoy manoseando a su hija todo lo que me deja. —Y empezó a darme besos sin parar.

No me cansaba de que me tocara, me acariciara y sobre todo me besara. Sabía que mi padre, después de lo de Marc, iba a poner a prueba a Matt. Es un hombre que impresiona, ya que es alto y corpulento, tiene la piel morena y está rapado. Mis ojos son como los suyos, verdes, pero su verde es más intenso, cambia según el día.

Nos fuimos preparando para bajar al comedor, puesto que íbamos a comer juntos, pero a mi padre le salió un imprevisto y se tuvo que ir a ver a un socio que estaba por la zona, y así aprovechaban para cerrar un par de asuntos que tenían pendientes.

Bajamos al comedor, donde ya estaba mi madre. Llevaba una blusa blanca y unos pantalones de lino color *camel*, ella siempre tan moderna. Tenía el pelo suelto, medio ondulado por la humedad que había; me encantaba mi madre, todo le quedaba bien. Allí estaba, con los brazos cruzados y con una gran sonrisa.

La comida fue muy amena, mi madre respetó mucho el silencio de Matt y no lo puso en ninguna situación incómoda. Le explicamos lo sucedido con Marc y no daba crédito, no entendía qué se le podía haber cruzado para actuar así.

Matt cada vez estaba más cómodo y comenzó a interactuar con ella con más fluidez, hasta empezaron a tener complicidad y hablaron de mí estando yo presente.

Aprovechamos la tarde para hacer varias excursiones, ya que en Canadá había mucho por conocer, y como era un viaje exprés cogí dos visitas recomendadas que sabía que a Matt le iban a gustar. La primera fue impresionante, era un enorme puente colgante en medio de la naturaleza. Qué bonito era todo, allí donde mirabas te quedabas embobado con las impresionantes vistas. La segunda excursión fue a un lago inmenso, donde nos prepararon un pequeño pícnic.

Ya que estábamos de visita fuera del hotel nos quedamos a cenar por ahí, encontramos una pequeña cabaña que tenía pocas mesas, era bastante silvestre. Nos pareció una buena idea y entramos. Nos sentamos en una mesa y se acercó una chica.

—Buenas noches, ¿qué queréis tomar? —La chica se giró hacia Matt.

—¿Matt? No puede ser, ¿qué haces aquí?

Matt se quedó parado, pero reaccionó, se levantó y la saludó.

—Helen, cuánto tiempo. —Se giró hacia mí—. Te presento a Laia, mi novia.

Matt y yo nos quedamos mirándonos; cómo sonaba eso, su novia... Miré a la chica, le sonreí y le di la mano. A Helen también le tuvo que sorprender, porque se le quedó una cara un poco extraña, tomó nota de las bebidas y nos trajo las cartas. Ciertamente su actitud pasó de ser amable a correcta.

Tenía curiosidad por saber quién era Helen, aunque me lo podía imaginar por la actitud de Matt, que se quedó parado al verla, y por la puntualización que hizo de que yo era su novia. Aquello fue el remate, unido a que estuvo toda la cena sin dejar de acariciarme y de besarme las manos.

—Venga..., ¡suéltalo ya! —me dijo mirándome fijamente a los ojos y moviendo mis manos de un lado hacia otro.

—¿Qué, es uno de tus ligues? —Me acerqué a él en actitud acaramelada. Decía que sí con la cabeza

—Conocí a Helen una noche en el bar y ella intentó en varias ocasiones volver a quedar conmigo, pero no fue así, era un cabeza loca. Aún no se me había cruzado una chica como tú, que hizo que perdiera la razón solo con tocarla.

Me besó. Helen volvió a acercarse a nuestra mesa, esta vez para decirnos

que ya estaban a punto de cerrar. No sabía si era verdad, porque no se veía cartel alguno, pero creo que le incomodaba nuestra presencia allí.

Matt se levantó para pagar y luego se fue un momento al baño, me quedé esperándolo en la salida. La puerta se abrió y pensé que era él, pero al girarme vi que era Helen, me quedé parada.

—Hola, Laia, ¿no? Era Laia. —Estaba nerviosa, no paraba de tocarse las manos—. Verás, ¿cuánto lleváis?

—Pues... —No me dejó acabar.

—Da lo mismo, no creí que Matt estuviera más de una noche con la misma mujer, pero os he estado observando durante la cena y es otro hombre, solo tenía ojos para ti. El Matt de antes estaba con sus amigos y solo tenía ojos para la chica que quería esa noche, y al día siguiente era otro día. Pero contigo es diferente, me encantaría ser la chica con la que estaba cenando, es decir, tú. No lo dejes escapar, Matt es un hombre que cuando da su corazón te lo entrega todo.

—Ahh. —Me quedé petrificada, no sabía qué decir.

—Solamente te quería decir eso, que vaya bien.

Se giró y volvió a entrar. Se cruzó con Matt, que ya venía hacia fuera, y se despidieron. Durante todo el camino de regreso al hotel estuve pensando en lo que me dijo Helen. Matt estaba consiguiendo que salieran cosas de mí que no había conocido antes; había ido a Chicago para encontrarme y creía que empezaba a hacerlo, él me respetaba, me mostró que podía quererme a mí misma y siempre dejándome mi espacio.

Llegamos al hotel. Yo pensaba que esa noche íbamos a seguir con nuestro ritmo, pero Matt no quería, me decía que como mis padres estaban en la habitación de al lado podían oírnos. Lo intenté varias veces, salí del baño con un picardías semitransparente y se dio la vuelta, me quedé desnuda a su lado y puso un cojín..., solo se le oía resoplar y fue duro como una piedra, fue imposible.

Sonó la alarma y noté ruido de agua. Era Matt, que estaba en el baño. Fui corriendo hacia allí y vi que se estaba afeitando, lo abracé por detrás, poco a poco fui bajando la mano y la metí por dentro del calzoncillo.

—De aquí no te mueves hasta que no me hagas el amor, si no se lo diré a mi padre. —Me salió una carcajada.

Se giró hacia mí, le salía un poco de sangre por debajo de la nariz, se había cortado de sopetón. Le puse un papelito para que se cortara la pequeña

hemorragia y me empezó a besar apasionadamente, nos fuimos a la ducha sin darnos cuenta y con el codo le di al agua fría, pero ni eso pudo desengancharme de él, era tan intenso que cuando se acababa tenía más ganas de él. Se quedó mirándome a dos centímetros de mí con su frente pegada a la mía, su boca medio abierta y respirando fuerte y continuamente. Le di un beso para sellarle los labios.

—¿Cómo me haces esto? Juegas conmigo..., eres malvada.

—Eso te pasa por ser irresistible, no se puede ser buenorro, mmmmmm.

Me quedé mirándole el culo; era perfecto, sin pelo, prieto. Tuve que salir del baño porque hubiera repetido una vez más y sabía que iba a ser el motivo de llegar tarde a desayunar, lo cual no era buena idea.

Bajamos al comedor, mis padres ya estaban sentados en la mesa, Mi madre nos sonreía desde que nos vio acercarnos a la cristalera de la entrada, Matt le sonreía también. Mi padre era más serio y yo no sabía por dónde le iba a salir, pero bueno, había que hacerlo.

Nos sirvieron el desayuno y la conversación fue al principio bastante amena, mi padre dejó que Matt se soltara y se sintiera cómodo.

—Matt, ¿me acompañas a por los cafés?

Me quedé mirando fijamente a mi padre, a mi madre se le dibujó una pequeña sonrisa y Matt dijo que sí, pero, claro, no iba a decir lo contrario.

Se alejaron hacia la barra donde servían los cafés y estuvieron hablando, a Matt se le veía tenso.

—Tranquila, Laia, deja a tu padre que haga. A él le gustan estas cosas, así Matt se va acostumbrando. Que sepas que está más que aceptado; tu padre no es tonto, es observador y ha captado la forma en que te mira, cómo te trata, y viéndote así de feliz para nosotros es un alivio.

—Mami, es un chico que me ha calado muy adentro. —Cogí aire porque también me vino a la mente de qué forma entraba en mí, sonreí sin darme cuenta—. No sé qué me pasa, pero me tiene loca.

Mi madre me sonrió y me cogió de la mano.

—Hija mía, me recuerdas a mí con tu padre, desde el primer día que lo vi es el responsable de acelerarme la respiración y de que mi corazón lata tan fuerte que parece que se me vaya a salir por la boca.

Lo que acababa de decir mi madre era como una descripción de lo que me ocurría a mí con Matt. Llegaron los chicos con los cafés y se sentaron en la mesa. Matt vino tenso, pero no tanto como lo estaba en la barra con mi padre. Acabamos de desayunar y nos fuimos a las habitaciones para coger todo el

material e irnos mi padre y yo hacia el lugar donde tendríamos la reunión. Mi madre se quedaba con Matt.

Mientras íbamos hacia la empresa del posible nuevo cliente, escribí a Matt:

—*¿Cómo ha ido? Se te veía muy tenso.*

Contestó:

—*Bueno, no sabía que tu padre tenía permiso de armas y que le gustaba ir de tiro al plato.*

Leí el mensaje y me giré hacia mi padre, él estaba tan tranquilo mirando por la ventana y sus espectaculares paisajes. Miraba el móvil y no sabía qué decir porque no entendía la intención de mi padre.

—*Lo siento.*

Lo leyó y me contestó enseguida:

—*Que os vaya bien la presentación, salgo con tu madre a dar una vuelta. Estate tranquila, que con tu padre acabaré haciendo migas, es como su hija. Te quiero xxx.*

¿Cómo? Matt se había despedido con un «te quiero». Mi corazón se empezó a acelerar, eso quería decir que me quería... ¿Qué hacía? ¿Le respondía con un «yo también»? No me gustaba, tendría que pensar otra forma de decírselo.

Llegamos a la sede de la empresa y antes de salir del coche nos miramos mi padre y yo, era ya un ritual que teníamos para que todo fuera bien antes de una presentación.

Al salir éramos conscientes de que todo había ido sobre ruedas, tenían claro que iban a empezar a trabajar con nosotros, ya veníamos recomendados por otros socios.

Nos fuimos hacia el hotel. Era raro, no tuve noticias de Matt en todo el día, supuse que mi madre lo había entretenido haciendo alguna de las suyas. Qué ganas tenía de verlo para achucharlo, tenía que pensar cómo le iba a decir que lo quería, pero pensaba hacerlo de una forma especial.

Cuando llegamos al hotel mi madre nos estaba esperando sola en el *hall*, no tenía buena cara. Me fui acercando a ella, buscando a Matt por el vestíbulo, le pregunté extrañada:

—¿Dónde está Matt?

—Se ha tenido que ir a Chicago, a la hora de comer recibió una llamada. El pobre estaba muy nervioso, tenía la cara desencajada, le he tenido que coger un vuelo y pedir un taxi para que se fuera rapidísimo para allá.

—Pero ¿quién lo ha llamado? ¿Qué le han dicho?

—No sé, repetía un nombre, Santos o Campos, no sé.

—¿Campos?

Cogí el teléfono y llamé a Matt. Tenía el suyo apagado, así que le escribí para que me dijera qué pasaba. Empecé a mirar vuelos y el primero que salía para Chicago lo hacía en cinco horas; subí corriendo a la habitación para hacer las maletas y mis padres me estuvieron ayudando. Cogí un taxi y de camino al aeropuerto me llamó Matt:

—¡Matt! ¿Qué pasa?

—Campos... —Se le oía entrecortado y con la voz rota—. Está en el hospital, ha recibido el impacto de una explosión y no saben si... Laia, está muy mal.

—Todo irá bien, estoy yendo para el aeropuerto y salgo de aquí en dos horas. Matt, Campos saldrá de esta, verás.

—Sí...

Me rompía el corazón oír así a Matt, uno nunca está preparado para recibir ese tipo de noticias. Campos era especial para Matt, por la forma de mirarlo se intuía que era tan protector con él como un hermano mayor, me di cuenta cuando lo conocí en su terraza. Matt estaba roto, y no poder estar cerca de él para darle apoyo cada vez se me hacía más duro. Tenía ganas de que el tiempo pasara rápidamente para poder estar a su lado y ayudarlo en lo que hiciera falta.

No dejaba de mirar el móvil por si me llegaban noticias de Matt, qué inquietante era no saber nada...

## Campos

Cuando llegué al hospital vi que en la puerta estaba el capitán del parque. Se acercó a mí cabizbajo, lo abracé y me comentó que la cosa no pintaba muy bien, que Campos estaba en la UCI en coma y con los pulmones bastante afectados. Tenían que operarlo en breve y estaban a la espera de saber el qué... El capitán estaba preocupado y hecho polvo, entré para poder estar con Matt. Me fui acercando a la sala de espera, donde se encontraba todo el equipo; aparte de compañeros eran una gran familia, siempre unidos. Impresionaba verlos, aún llevaban sus trajes pesados puestos, las caras sucias y con un ánimo muy bajo.

Me acerqué a Marien, que estaba apoyada en una esquina de la sala de espera. Le toqué el brazo y al girarse sus ojos se rompieron. La apreté hacia mí muy fuerte, nos separamos y la miré fijamente:

—Esto no podrá con Campos, Marien, él es fuerte y luchará con fuerza para salir de esta.

Me sonrió mientras se le iba cayendo una lágrima por su mejilla. Me acerqué a Matt, estaba sentado en una silla con la vista puesta en el pasillo, que era de donde tenía que salir el médico de Campos para informarlos. Le toqué la mano y se giró; al verme se levantó rápidamente y me abrazó, me empezó a susurrar al oído:

—No se puede ir, no se puede ir..., así no.

Sus brazos se pusieron tensos y yo notaba su presión hacia mi pecho, estaba roto de dolor y creo que se sentía culpable por no haber estado allí.

Supe que llevaban más de ocho horas a la espera y me fui a la cafetería del hospital a por bocadillos, bebidas y cafés. Cuando llegaba a la sala de espera donde estaban todos ellos se acercó Bernand y me ayudó a repartirlos entre sus compañeros, pude sacarles una leve sonrisa. Fueron pasando las horas y aún no teníamos noticias, pero los chicos tuvieron que volver al parque para seguir trabajando, así que Matt y yo nos quedamos allí a la espera de saber algo de Campos.

La pierna de Matt no paraba de moverse, estaba muy nervioso. No hablaba nada, solo miraba hacia el pasillo, su mente tenía que ir a mil por hora. Le puse la mano encima de la pierna y paró.



—Tranquilo, verás qué irá bien... Si aún no tenemos noticias seguro que será bueno.

—Laia, no dejes de darle vueltas, me siento culpable por no haber estado allí. —Me miró con cara de desesperación, qué dolor verlo así, era como si me hubieran cogido el corazón y me lo apretaran con fuerza.

—No eres culpable de nada, esto os puede suceder a cualquiera de vosotros, os sometéis al peligro cada segundo de vuestras vidas.

Me cogió de la mano y me la besó, respiró hondo y se me quedó mirando.

—Gracias por estar aquí conmigo, eres mi mejor casualidad.

En ese momento salió un médico preguntando por amigos o familiares de Campos, Matt se levantó de inmediato y se dirigió hacia él. La operación de Campos había ido bien, nos apretamos la mano y respiramos hondo. Solo faltaba ver cómo reaccionaba con el tratamiento e iba evolucionando. Tras saber la noticia Matt y yo nos miramos y nos fundimos en un abrazo, qué descanso. Me separé un instante y lo abracé por el cuello, me quedé mirándolo fijamente.

—Matt, me gustaría que sepas que te quiero. —Se acercó lentamente a mí y me besó.

Sabía que no era el mejor lugar para decírselo, pero me salió así, sin más. Pensé que a él le podía ocurrir lo mismo que a Campos, y quería que lo supiera.

Pasadas varias horas nos dejaron entrar a verlo, al parecer iba recuperándose lentamente. Entramos en la habitación y Matt se fue directamente hacia él, lo cogió de la mano y se sentó a su lado. Aún no había despertado, pero estaba estable y eso era lo que importaba.

Fueron pasando los días y Campos empezó a mejorar, Matt tuvo que volver a la rutina y al trabajo. Para que se quedara tranquilo yo pasaba la mayor parte de mi tiempo con Campos, en el hospital. Supe que era un chico que nació en Brooklyn y se fue a vivir a Chicago buscando un cambio de aires —era como si esa historia me sonara—, pero sus raíces eran de Puerto Rico. Como él decía: «yo soy latino», no podía parar de reír con él. Lo acompañaba a todo: a hacerse las pruebas, a la rehabilitación, a cualquier cosa que pudiera. Ver cómo Campos iba saliendo de aquella era reconfortante, ahora entendía por qué Matt lo quería tanto.

Había momentos del día en que Campos tenía que descansar, aunque era peor que un niño pequeño para echarse una siesta, tenían que venir las

enfermeras para ponerle algún calmante y que se durmiera. Yo aprovechaba esos ratos para ponerme al día con el trabajo. Conocí a todo el equipo médico que mimaba a Campos, se hacía querer y de vez en cuando le enviaba selfis a Matt para que viera que estábamos bien. Cada vez que Marien venía al hospital a causa de un aviso se pasaba por la habitación a verlo, era una chica encantadora.

Una de las mañanas más intensas que tuve con Campos fue cuando nos pusimos a hablar de Matt. Me comentaba que estaba feliz de que me hubiera encontrado, que Matt era un «cabra loca» y poder ver cómo asentaba la cabeza era increíble. Que cuando pasó lo de Marc fue al hospital y le dejó las cosas muy claras. Entonces entendí el mensaje de despedida de Marc.

Cada vez fue a mejor y era más rápida la recuperación, en unos días le daban el alta y volvía a casa. Pensé en organizarle una fiesta de bienvenida, como a él le gustaba, ya que era como lo conocí, y me puse a ello. Estuve buscando una banda que tocara en directo y un *catering* con brasa y con comida típica de Puerto Rico. Encontré una empresa para las luces y varios preparativos más. Se abrió la puerta, era Matt, que volvía a casa tras una larga jornada. Se sentó a mi lado y se quedó mirando el portátil.

—¿Cómo estás, preciosa? —Se acercó a mí para darme un beso en la mejilla—. ¿Qué buscas? Globos de helio, luces..., mmmmm, ¿qué estás planeando?

Se me quedó mirando y le expliqué un poco por encima.

—Estoy preparando una fiesta para Campos, lo tengo todo casi atado.

—Estas cosas son las que más me gustan de ti, Laia, eres especial.

Apartó el portátil de encima de mí, pasó sus manos por mi cuello y me empezó a besar. Con lo ocurrido con Campos casi no me acordaba de lo que me llegaba a provocar solo con tocarme, qué gusto daba rozar su suave piel. Acabamos los dos en el suelo, era demasiada tensión contenida.

Me ayudó a organizar la fiesta y avisamos a todo el equipo para que estuviera, lo fuimos a buscar al hospital y cuando llegamos a su casa subimos a la terraza. Allí estaban todos callados a la espera de que se abriera la puerta, y cuando la abrimos se oyó:

—¡¡SORPRESA!!

Empezó a sonar la canción *Mis amigos*, de Amaral, Campos miraba a todos lados sonriendo sin parar, no se imaginaba algo así. Se fueron acercando poco a poco para saludarlo, se veía muy feliz. Matt me cogió de la mano y me llevó a la pista para bailar.

—Pero si tú no sabes bailar... —Lo miraba sonriendo.

—Hay una chica que me enseñó hace tiempo. —Puso cara de interesante.

—Ahhh, tiene que ser buena persona.

Nos fuimos a la barra a pedir unos *gin-tonics*, era como recordar viejos tiempos, brindamos por nosotros y fuimos a sentarnos. Matt no me dejaba de mirar.

—Me estás poniendo nerviosa, ¡para!

Le di un toque en la pierna. Campos se acercó a nosotros, me cogió de la mano y dijo mirando a Matt:

—Te la robo un instante para bailar.

Me dio las gracias por todo lo que había organizado, ya se imaginaba que había sido yo por varios detalles de la comida, por la música en vivo y por otras cosas más que le hicieron recordar su infancia. Me decía que Matt tenía mucha suerte de tenerme, me acerqué a su oído.

—Tú también tienes suerte, pero aún no te has dado cuenta. —Me separé y le guiñé un ojo. Se quedó con cara de extrañado.

—¿Cómo? ¿De quién me hablas?

Lo cogí por los brazos y le di la vuelta, y al girarse allí estaba Marien, que nos estaba mirando. Campos me miró sorprendido, le di un pequeño empujoncito y se dirigió hacia ella. Me giré para buscar a Matt y me lo encontré detrás de mí, me cogió de una mano.

—Laia, sé que desde el momento que te vi en aquel parque, rocé tu mano y provocaste en mí un terremoto tengo claro que no te quiero perder y que quiero estar contigo siempre. Llevamos poco tiempo, pero para mí es el suficiente, y como lo quiero hacer de forma original y de manera oficial... —Se arrodilló frente a mí—. ¿Te quieres casar conmigo?

Lo vi allí, de rodillas, con un anillo en la mano. La gente se fue acercando, estaban todos aplaudiendo. No me lo podía creer, era como si se hubiera parado el tiempo y estuviéramos a solas; me miraba con esa expresión que ponía cuando quería algo de mí, sus labios carnosos estaban apretados entre sí y se abrían para dejar pasar el aire... Mi corazón empezó a latir cada vez más rápido, me costaba respirar. Cogí a Matt por las manos, lo levanté y mirándolo fijamente a los ojos le contesté más segura de mí misma que nunca:

—Sí, sí quiero, ahora y siempre.

Nos dimos un beso apasionado, me separé un poco y le susurré:

—Tú también has sido mi mejor casualidad.

## El gran día

Después de comunicarle a mi familia la gran noticia, nos pusimos Charlotte, Kenneth, Marien y yo manos a la obra, quería una ceremonia sencilla e íntima. Mis padres viajaban una vez al mes para poderme ayudar un poco con la organización, la decoración y el *catering* (mi madre es la mejor en organizar eventos). Ellos llevan desde muy jóvenes juntos y mi padre se lanzó a la aventura con una empresa de semillas, la única que confió en él fue mi madre y los dos lucharon por conseguir lo que tienen hasta ahora. Utilizaban la casa de mi yaya para organizar eventos y mostrar productos, el *catering* era la comida de mi yaya, que era riquísima, así era como cerraban los tratos. Sabía que si lo dejaba en sus manos saldría todo perfecto.

El lugar iba a ser la terraza de Campos. Kenneth me regalaba el vestido, era de un amigo suyo diseñador, con el que había pasado un fin de semana en Brasil —ya me podía imaginar lo que ocurrió—. La verdad es que conecté con él, como si mi mente le hablara sin mediar palabra. Charlotte estaba loca, su vida había cambiado muchísimo desde la cena a cuatro. Seguía con Patrick, empezó a reducir sus horas de trabajo e iba a presentar su proyecto en Europa para poder empezar a comercializar el producto. Les propuse a Kenneth y a Charlotte que fueran mis testigos y se lo tomaron con mucha alegría, empezaron a mirar colores para poderse combinar entre ellos y hacerse sus trajes a conjunto, miedo me daban.

Kenneth lo estaba viviendo con mucha ilusión, su corazón empezaba a latir diferente. Quedó con el chico del carrito de los helados y no tuvo suerte, pero conoció a otro chico en el supermercado con el que había coincidido varias veces y que ahora es el responsable de que esté así, un poco menos alocado.

Marien y Campos empezaron una bonita historia; al principio querían ir poco a poco y lo llevaban a escondidas, pero su relación cada día pedía más y lo pregonaron a los cuatro vientos.

Marc, al saber de la noticia de mi boda, me llamó para darme la enhorabuena. Fue una conversación un poco seca, pero sabía que me lo deseaba de corazón.

La relación de Matt con mi padre cada vez iba mejor, hasta se lo llevó a un

partido de béisbol, y suerte que no les tocó la *kisscam*... Habían conectado muy bien.

Patrick se llevó a Matt a uno de sus mejores sastres; le quise sonsacar algún detalle del traje, pero no soltaba prenda. Aunque Matt hasta con bañador estaba guapo.

Llegó el gran día. El coche nos dejó en la puerta de la casa de Campos, donde nos esperaban Charlotte y Kenneth. Iban de color azul marino y con un tela plisada que brillaba sutilmente cuando le daba la luz. El vestido de Charlotte era espectacular, largo, con un escote impactante y de tirantes, llevaba el mismo recogido que se hizo en la primera cena con Patrick y una flor atada en la muñeca. Kenneth iba de traje y su camisa era blanca, le quedaba perfecto, llevaba una pajarita a conjunto con el traje y también una flor atada en la muñeca. Les sonreí y salí del coche, sus caras lo decían todo. A Kenneth se le escapó una lágrima y Charlotte se tapó la boca; se colocó mi padre al lado, lo cogí del brazo y nos dirigimos hacia dentro.

Cuando llegamos a la puerta de la terraza Charlotte y Kenneth se giraron hacia mí.

—¿Preparada?

Los miré y les asentí. Miré a mi padre, su expresión me transmitía tranquilidad. Me cogió de la mano, me la apretó y salimos a la terraza. Estaba todo espectacular, lleno de flores allá donde miraras, luces, música en vivo..., era increíble.

Cuando miré hacia delante el personal del parque de bomberos nos hizo un pasillo, estaban todos firmes y saludando. Iban con sus trajes de gala. De fondo vi a Matt, que también llevaba su traje de gala oficial, qué guapo estaba. Cruzamos la alfombra, nos íbamos acercando y mi corazón se aceleraba. Matt me miraba, con esos ojos azules con algún tono verde que hacían que mi respiración se disparara. Le dio la mano a mi padre y cogió la mía.

—Estás preciosa. —Me miraba de arriba abajo.

—Pues anda que tú...

Bernard fue el oficiante de la boda, se sacó el título *on-line* y la verdad es que se le daba bien. La celebración fue muy amena y divertida, no sé si fue porque era la mía.

Nos hicimos las fotos de recuerdo y nos fuimos a comer con los invitados. El *catering* fue de pie, había varios puestecitos de comida diferentes, tanto *hot dogs*, como *pizzas*, paella, brasa y una barra de bebidas. Matt se cambió de

traje y se puso el que le regaló Patrick. Le quedaba de maravilla, y no porque fuera a medida; era de color negro, pero cuando le daba la luz se veían unas pequeñas cenefas. Estaba espectacular, no paraba de sonreír y hablaba con todo el mundo, no me soltó la mano en ningún momento.

Sonó una canción lenta y me condujo suavemente hasta la pista para bailar. Pasó la mano por mi espalda, el vestido era descubierto hasta la curvatura de mi lumbar.

—¿Tú crees que si nos vamos nos van a echar de menos? —Miré a mi alrededor.

—Yo creo que sí.

—Es que no sé si aguantaré mucho más viéndote así, sin tocarte ni desnudarte.

La fiesta continuó hasta las tres de la madrugada, pero nosotros continuamos en el apartamento nuestra propia celebración.

## Epílogo

### *Años después*

Decidí quedarme a vivir en Chicago, ya que podía trabajar a distancia. Matt y yo compramos una casa que nos permitiera disfrutar de nuestro hijo y de nuestras dos hijas mellizas. Matt siguió siendo bombero, era una vocación para él.

Charlotte pudo cumplir su sueño, Europa comercializó su proyecto. Kenneth se quedó el apartamento de Matt para poder empezar un camino nuevo con su chico del supermercado. Campos y Marien se fueron a vivir juntos, aunque no sé cómo lo hacen, ya que pasan las veinticuatro horas juntos y este año van de vacaciones a Puerto Rico. Mis padres nos visitan cada quince días para pasar un tiempo con sus nietos, aunque nosotros en vacaciones nos vamos a España, a casa de la tía.

## AGRADECIMIENTOS

Este libro se ha escrito por ti, amiga.  
Por tus ánimos, por tu confianza,  
por estar en mis momentos de estrés, de locura,  
y hacer que mis miedos sean tonterías.  
La casualidad nos puso en medio del camino para  
conocernos,  
y te agradezco que te hayas quedado. Te quiero, amiga.  
Para mi mejor casualidad. Apoyas mis  
locuras y me acompañas en mis tropiezos.  
Gracias por estar siempre ahí.  
Te amo, mi vida.



# Table of Contents

[casualidad\\_maqueta\\_pureba](#)